BENEFICIOS Y OFICIOS DEL CLERO RURAL CASTELLANO (SIGLOS XIII-XV)

JOSÉ L. MARTÍN MARTÍN¹

Resumen: En este artículo se estudia el clero rural a través de dos conceptos que definen la situación de sus miembros en la Edad Media: el beneficio y el oficio. El primero es un término de origen feudal que designa la renta o remuneración del cargo, y lo analizamos como requisito para las órdenes sagradas, con otros procedimientos regulares e irregulares empleados para obtener las prebendas, así como el valor económico de éstas. En relación con el oficio se constata que hubo muchos beneficiados que apenas ejercieron funciones eclesiásticas, sino administrativas o de índole privado, y se disoció la labor desarrollada de la remuneración percibida por el beneficio.

Palabras clave: Iglesia; Clero; Beneficio; Castilla; Siglos XIII-XV.

Abstract: In this article we analyze the rural clergy through two concepts that define the situation of its members in the Middle Ages: *beneficium* and *officium*. The first one is a word of feudal origin to designate the income or remuneration for the office, and we try to clarify it like a previous requirement to obtain the holy orders, the regular and irregular methods to get a *beneficium*, the increase of ecclesiastical posts and their economic values. In relationship to the office we confirm that there were many beneficiaries who hardly had any significant ecclesiastical function. Rather, they carried out administrative or private activities, and we find a split between service and remuneration for the office

Keywords: Church; Clergy; Benefit; Castile; 13th-15th centuries.

SUMARIO

Introducción.- 1. El sistema regular de acceso al beneficio; clérigos “encorozados” y clérigos patrimoniales.- 2. Formación de la red parroquial y multiplicación de beneficios.- 3. Tipología de los beneficios: curados, servideros, capellanías y préstamos.- 4. El oficio eclesiástico; tareas administrativas y problemas de residencia.- 5. Remuneración de los beneficios.- 6. Conclusiones.

¹Profesor Titular en la Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Salamanca.
Fecha de recepción del artículo: junio 2005. Fecha de aceptación y versión final: julio 2005.

INTRODUCCIÓN

Es indiscutible que los eclesiásticos ejercieron enorme influencia en numerosos aspectos fundamentales de la sociedad medieval. Ellos recogieron, modelaron y transmitieron a sus contemporáneos toda una visión del mundo, de la vida y de la historia; elaboraron y difundieron una teoría sobre la sociedad, en la que se reservaron un lugar destacado y procuraron que se les respetara; desde una perspectiva más cercana y cotidiana, regularon una serie de prácticas religiosas seguidas de manera bastante uniforme por la inmensa mayoría de los feligreses y dirigieron las ceremonias que solemnizaban los momentos fundamentales de la vida de las personas, por citar sólo algunos de los aspectos más destacados de su actividad.

A pesar de que todo eso es bien conocido, quedan sectores muy amplios del colectivo eclesiástico que apenas han sido estudiados y uno de ellos es el del clero rural, entendiendo como tales los servidores de las iglesias de las aldeas y aún de las villas, pues la mayoría de los habitantes de estos núcleos de población, entre ellos los eclesiásticos, dependían de manera prioritaria de la producción agropecuaria. Es verdad que se pueden aplicar al clero rural algunas de las características señaladas en determinados estudios generales², pero, en mi opinión, los eclesiásticos de las aldeas y villas merecen ser estudiados con más detalle por ser parte fundamental del sistema social, debido a su ascendiente sobre la población, e incluso por constituir un conjunto numeroso y por las peculiaridades que presentan. De modo que la explicación del desinterés por el tema creo que se debe relacionar más con las dificultades que plantea, —escasez de la información, la dispersión de ésta, la complejidad del colectivo—, que con la falta del relieve. No debe extrañar que hayan recibido un trato parecido al que tuvieron sus feligreses, los campesinos medievales, que muestran unos problemas similares para su estudio, aunque estos últimos han recuperado su protagonismo desde hace

²José SÁNCHEZ HERRERO, *Concilios provinciales y sínodos toledanos de los siglos XIV y XV*, Universidad de La Laguna, 1976. ID., *Las diócesis del reino de León (siglos XIV y XV)*, León, 1978. ID., *El clero en tiempos de Isabel I de Castilla*, en Julio VALDEÓN BARUQUE (ed.), *Sociedad y economía en tiempos de Isabel la Católica*, Valladolid, 2002, pp. 151-181. Francisco Javier FERNÁNDEZ CONDE, *La iglesia de Asturias en la Baja Edad Media. Estructuras económico-administrativas*, Oviedo, 1987. Juan Cándido MATÍAS VICENTE, *La clerecía en los sínodos astur-leoneses del siglo XII al XVI*, Salamanca, 1987. José Manuel NIETO SORIA, *El clero secular*, "Medievalismo", 13-14 (2004), pp. 95-111.

décadas. Sirva esta alusión a la parquedad y a la falta de continuidad de las fuentes, así como a la escasez de estudios, para justificar algunos vacíos o limitaciones de este trabajo.

El concepto de clero rural en buena medida es coincidente con el de bajo clero, aunque éste resulte un poco más amplio, pues debería incluir también a los estratos menos favorecidos del clero urbano, tanto catedralicio como de las parroquias. Pero el clero parroquial urbano tenía connotaciones que lo diferenciaban del clero rural, por lo que me parece forzado identificar a éste como clero parroquial. En efecto, algunos titulares de beneficios en las principales parroquias de las ciudades podían tener fuertes vínculos con miembros de la oligarquía urbana, tanto civil como eclesiástica, y seguramente disfrutaban de peso social, tanto individualmente como a través de sus asociaciones o cofradías.

Por todo esto considero de interés reflexionar sobre la caracterización de los clérigos rurales medievales y lo voy a plantear a través del estudio de dos conceptos que me parecen fundamentales: el de beneficio y el de oficio. El primero tiene un origen feudal y viene a significar en ese contexto tanto las posesiones como las rentas que entregaba un noble a un vasallo a cambio de que le prestara determinado servicio³. También se encuentra aplicado desde fechas muy antiguas a los eclesiásticos y, en este caso, el beneficio era una renta o unos bienes que entregaba una autoridad eclesiástica a una persona para que se dedicara al servicio de la Iglesia, cesión que solía tener un carácter vitalicio⁴; precisamente es en este ámbito clerical en el que ha perdurado el término de beneficiado hasta la actualidad, aunque ahora sólo se suele aplicar a los que desempeñan determinadas funciones en la catedral. Por lo que se refiere al oficio estaba tan ligado a las tareas eclesiásticas que una de las ocupaciones fundamentales de los clérigos era el Oficio Divino (rezo o canto de las Horas canónicas), así como la de oficiar, término que todavía tiene como primera acepción en el Diccionario de la Real Academia, la de “ayudar a cantar las misas y demás celebraciones litúrgicas”⁵.

³Jean-Pierre POLY, Éric BOURNAZEL, *El cambio feudal (siglos X al XII)*, Barcelona, 1983, pp. 56-58.

⁴P. FOURNIER, *L'organisation religieuse de l'ancienne France*, Paris, 1919-1920, p. 76. *Dictionnaire d'Histoire et de Géographie ecclésiastiques*, Paris, 1919-1920, “beneficium”. SÁNCHEZ HERRERO, *Concilios provinciales y sínodos toledanos de los siglos XIV y XV*, pp. 97-98.

⁵*Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, Real Academia Española, 2001.

Ambos términos, beneficio y oficio, suelen ir relacionados íntimamente, por lo menos en la mentalidad de los legisladores medievales, quienes insisten en que el beneficio se dé por el oficio y que nadie disfrute de rentas sin rendir el adecuado servicio a la Iglesia⁶. Pero ya la misma insistencia en esa orden resulta sospechosa, y más adelante comprobaremos que no siempre se cumplían los deseos de las autoridades.

Otro criterio fundamental a la hora de analizar la situación del clero medieval es el de las órdenes sagradas que hubieran recibido sus miembros. Este aspecto también será tenido en cuenta más adelante, pero considero que resulta más eficaz para estudiar la realidad social y económica de los componentes del clero conocer el tipo de prebendas que disfrutaban, pues la rentabilidad y la influencia no dependían entonces sólo de las órdenes.

En cuanto a la elección del período, debo señalar que se ha hecho también por motivos de operatividad: se establece el comienzo en el siglo XIII porque entonces se generalizó el sistema parroquial tal como perdurará en los restantes siglos medievales. Desde una perspectiva más local, en ese período se produjo la consolidación y multiplicación de asentamientos en grandes espacios del territorio castellano-leonés, con el consiguiente incremento de iglesias, y entonces tuvo lugar la gran expansión castellana al Sur de Sierra Morena, con ese mismo resultado.

Pero quizá sea más importante, a estos efectos, la extensión y fijación de las costumbres sobre el pago por la población de la décima parte de sus ingresos a la Iglesia. Es verdad que la normativa es muy anterior, pero también que se fue aplicando con lentitud y que, al menos en Castilla, fue entonces cuando se desarrolló una contabilidad que ha transmitido información algo más precisa sobre las iglesias, los beneficios y las peculiaridades de estos. Sin duda influyeron las disposiciones pontificias regulando la administración de las catedrales, así como la concesión de la tercia del diezmo por parte de Inocencio IV a Fernando III en 1247. Como consecuencia, su hijo y sucesor, Alfonso X, dictó numerosas disposiciones regulando el sistema de pago y resolviendo problemas relacionados con el diezmo. La insistencia

⁶Hay numerosas referencias a esta exigencia en los sínodos. Me parece significativa la expresión del arzobispo compostelano Berengario de Landora: "Item cum iuxta sacros canones beneficia ecclesiastica sint concessa ut debitum obsequium ecclesiis impendatur, cum redditus ecclesiastici sint stipendia seruientium, non otio uacantium, sint cibus pastorum non luporum", Antonio GARCÍA Y GARCÍA (dir.), *Synodicon Hispanicum*, 7 t., Madrid, 1981-1997; aquí t. I, Santiago de Compostela, 9.11 (En adelante esta obra será citada como *SH*, seguida del número del tomo, nombre de la archidiócesis o diócesis, del número del sínodo y del capítulo correspondiente, como se ha hecho aquí).

de los sínodos en la obligación de diezmar y en los modos de hacerlo, confirma la notoriedad que daban entonces a ese tema. Y era precisamente una parte del diezmo la que constituía la base del beneficio.

1. EL SISTEMA REGULAR DE ACCESO AL BENEFICIO; CLÉRIGOS “ENCOROZADOS” Y CLÉRIGOS PATRIMONIALES

Me referiré primero al beneficio porque muchos legisladores, especialmente los miembros de la jerarquía eclesiástica, exigían primero que se disfrutara de un beneficio para poder aspirar, a continuación, a recibir las órdenes sagradas, lo que subraya, de nuevo, la importancia de la prebenda. La razón de esta primacía del factor material sobre el sacramental se relaciona con el deseo de que todo clérigo tuviera suficientemente cubiertas sus necesidades materiales y evitar, en lo posible, el desdoro de que los encargados del culto se encontraran en una situación de indigencia y aún en la misma miseria.

Esta preocupación se detecta por todas partes y en momentos muy diferentes. Así, por ejemplo, la encontramos de Santiago de Compostela ya en 1229, cuando se ordenó que los beneficios vacantes de menos de un tercio de ración no fueran cubiertos, sino que sus rentas se unieran a las raciones existentes, mientras que en León, algo más tarde, se decretó que quienes tenían capacidad de presentar clérigos se abstuvieran de hacerlo si la iglesia no disponía de rentas que les permitieran vivir honestamente⁷. Al final de la Edad Media se mantenía la misma exigencia en otras diócesis como Burgos, donde, para recibir orden sacra, era necesario disfrutar de un beneficio⁸.

En todo caso, era frecuente la preocupación porque la disminución de la población o la multiplicación de prebendas podía dejar a algunos de sus titulares en penuria. Por eso abundan las normas con los requisitos para proceder a conceder un beneficio eclesiástico, que fijan una renta mínima que seguramente corresponde a lo que, en cada caso, se consideraba unos ingresos aceptables. De este modo, por ejemplo, en León en 1288 ya se fijó en 40 cargas de pan al año, más el pie de altar, la renta suficiente para un beneficio,

⁷SH, I, Santiago, 1. 6-7; III, León, 4. 2.

⁸SH, VII, Burgos, 19.351. A esta exigencia hizo ya alusión SÁNCHEZ HERRERO, *Las diócesis del reino de León*, p. 178.

y en Santiago de Compostela se ordenó que sólo se nombrara rector para una parroquia cuando tuviera asegurados unos ingresos de, al menos, 600 mrs.⁹

La importancia de la renta se advierte también en la autorización para que cualquier particular, siempre que dispusiera de patrimonio suficiente para su mantenimiento personal, pudiera solicitar que le fueran administradas órdenes¹⁰. En este caso no era necesario ni que contara con un beneficio ni que tuviera asignadas funciones concretas en una parroquia. Simplemente podía solicitarlo por su deseo de dedicarse a tareas eclesiásticas o también por las ventajas socio-jurídicas que suponía gozar de esa condición.

De todos modos, el procedimiento más común era algo diferente y su iniciativa correspondía a los arcedianos, que seleccionaban a los jóvenes que parecían hábiles para el estudio y los presentaban en la curia diocesana. Allí eran examinados por algunos clérigos de cierto prestigio, quienes debían certificar la idoneidad del candidato; así sucedía al menos en la archidiócesis compostelana desde comienzos del siglo XIII y en Segovia un siglo después; en la primera, incluso, se debía levantar acta en la que apareciera el nombre del arcediano, el del joven examinado, el tipo de orden que recibía, el beneficio que se le asignaba y los clérigos que confirmaban la suficiencia del aspirante¹¹.

Ese parece haber sido el sistema preferido por los prelados para la designación y consagración de clérigos por su carácter normalizado y exento de sospechas. Pero a su lado existieron otros sistemas para la presentación de clérigos a determinados beneficios. En muchas zonas del Norte de la Península, como Asturias o León, diversas personas o entidades mantuvieron durante todo este período lo que se denomina derecho de patronato, que consistía en el privilegio de designar a las personas que iban a ejercer funciones de culto en determinadas iglesias¹².

⁹SH, III, León, 2.12, y 4.2, de 1306, donde se fija el siguiente criterio: "Stablecemos que en las iglesias patrimoniales non sea ninguno presentado a ordenes sacras, salvo se cada uno de los beneficiados et presentados ovieren XL. cargas o XL estopos en provision, cuntadas todas las rentas de la elesia, salvo pie de altar". Para Santiago, I, 6.1, de 1313.

¹⁰"Mandamos que los clerigos que se quisieren ordenar a titulo de so patrimonio, non sean ordenados, salvo se ovieren de patrimonio que vala mill et dozientos mr.", SH, III, León, 4.4.

¹¹SH, I, Santiago de Compostela, 1.1, 2 y 8, de 1229; VI, Segovia, 3.1.37, de 1325.

¹²FERNÁNDEZ CONDE, *La iglesia de Asturias en la Baja Edad Media*, pp. 43-60. José Antonio FERNÁNDEZ FLÓREZ, *El 'Becerro de Presentaciones'. Códice 13 del Archivo de la Catedral de León*, "León y su Historia", V, León, 1984, pp. 295-305.

Es verdad que con frecuencia los titulares de esos derechos eran instituciones eclesiásticas, por ejemplo cabildos catedralicios, monasterios o las órdenes militares en muchas de las parroquias de sus encomiendas y priorazgos. Pero en otros lugares eran laicos de diversa condición social quienes, bien fuera a título particular o formando parte de una institución, gozaban de ese privilegio porque el templo se encontraba en sus dominios o porque lo habían construido con sus propios medios.

En todo caso, la práctica del patronazgo solía derivar en situaciones conflictivas por las dificultades que encontraban los prelados para que los patronos aceptaran las normas eclesiásticas sobre las características que deberían reunir los presentados a cualquier beneficio, pues a veces pretendían la ordenación de personas ignorantes o sin la edad reglamentaria¹³. En otros casos el problema consistía en delimitar claramente las competencias de los señores en relación con el derecho de levantar altares, o las de los obispos sobre la corrección de los clérigos o su remoción, si fuera precisa. Además, sucedía que los patronos exigían, en ocasiones, alguna recompensa al presentado, o se reservaban la recaudación de las rentas eclesiásticas del lugar, remunerando al servidor con una cantidad fija, lo que se consideraba un abuso y una apropiación indebida, pues algunos llegaban a quedarse con la parte del obispo¹⁴. Es decir, que en la confrontación entre instituciones resultaba común que se mezclaran asuntos jurisdiccionales con otros de tipo económico, en particular relacionados con el cobro del diezmo¹⁵. Las intervenciones de los patronos se acercaban, en ocasiones, a la práctica de la simonía, e incluso incurrían plenamente en ella, al exigir a los aspirantes su

¹³“Inhabiles necnon pueros etatis non legitime, prout requirit onus beneficii, scienter presentant ad beneficia quando uacant”, según queja del arzobispo compostelano Juan Fernández de Lima, *SH*, I, 11.3

¹⁴FERNÁNDEZ FLÓREZ, *El ‘Becerro de Presentaciones’*, p. 305. *SH*, VII, Burgos, 19.134. Los prelados lanzaban amenazas de excomunión contra los que pedían a los clérigos dinero, comida, bebida u otros bienes por haberlos presentado a un beneficio y se quejaban de las presiones a las que eran sometidos, *SH*, I, Tuy, 6.5.2.1; VII, Burgos, 19.13.

¹⁵Pedro RUBIO MERINO, *El obispado de Coria y la orden de Alcántara en los siglos XIII al XV a través de los fondos del archivo capitular de Coria*, “Anuario de Estudios Medievales”, 11 (1981), pp. 731-748. Juan Luis de la MONTAÑA CONCHIÑA, *Obispos y órdenes militares. Problemas jurisdiccionales en la Transierra extremeña del siglo XIII*, “Alcántara”, 34 (1995), pp. 29-48. José Luis MARTÍN MARTÍN, *La Iglesia Extremeña en la Edad Media*, “Actas de las I Jornadas de Historia medieval de Extremadura”, eds. Julián CLEMENTE RAMOS, Juan Luis de la MONTAÑA CONCHIÑA, Cáceres, 2000, pp. 59-81.

«Anuario de Estudios Medievales», 35/2 (2005), pp. 693-735. - ISSN 0066-5061.

compromiso escrito de efectuar determinados pagos como condición para realizar la presentación¹⁶.

Se trata, en todo caso, de diferentes manifestaciones del afán por participar en la renta diezmal, a la que aspiraban sectores sociales y personajes de todo tipo. Aunque la jerarquía eclesiástica procuraba mantener el control exclusivo de la recaudación, no escasean referencias a presiones y tácticas para conseguir participar de ella. Una de las manifestaciones más extendidas, temporal y geográficamente, es la de los clérigos *encorozados*, según la denominación de la época. Ese término designa a los eclesiásticos que eran promocionados por la nobleza leonesa, gallega y portuguesa para que ocuparan beneficios que, en realidad, controlaban esos nobles, quienes también acaparaban las rentas y, en ocasiones, acababan apropiándose el patrimonio eclesiástico¹⁷. A pesar de los esfuerzos por desterrar esta práctica, que llegó a preocupar a los *Reyes Católicos*, consta que todavía estaba vigente en el siglo XVI¹⁸.

Junto a esos procedimientos irregulares se documenta en las iglesias de la Castilla medieval otro sistema aceptado normalmente por la jerarquía al que, seguramente, no se ha prestado la atención que merece: es el de los *clérigos patrimoniales*. La expresión se refiere a la costumbre de dar prioridad para ocupar los beneficios en las parroquias de villas y aldeas a los jóvenes que tenían una vinculación personal o familiar con ellas; en concreto, se consideraba con derecho a percibir un beneficio patrimonial a quienes hubieran sido vecinos de esa parroquia, o a quienes demostraran que lo fueron sus padres, abuelos, bisabuelos e incluso antepasados más lejanos durante un período de tiempo que algunos cifran en 10 años¹⁹. El fenómeno se documenta perfectamente, al menos, en las diócesis de Burgos, León, Oviedo y Palencia, donde los esfuerzos de los prelados no se dirigían a suprimir tal práctica, sino a resolver los problemas que planteaba su aplicación.

¹⁶Fernán Pérez, clérigo, criado de Álvaro Rodríguez de la Rocha, se obligó a pagar perpetuamente 7 cargas de pan al cabildo de clérigos de la cofradía de San Vicente de Benavente, si le hacían colación de la iglesia de Castropepe, en José María FERNÁNDEZ CATÓN, *Catálogo del Archivo Histórico Diocesano de León*, t. 2, León, 1986, p. 15.

¹⁷El obispo Lope de Barrientos dedicó una constitución sinodal a “los clérigos que someten a sy e a los bienes de la iglesia e de sus beneficios a los seglares”, *SH*, VI, Segovia, 7.24, del año 1440. Para el término *encorozado* ver *SH*, I, Santiago de Compostela, 6.2; Orense, 18.53 y 18, 92-94. II, Guarda, 1.35; Porto, 11.41.

¹⁸José GARCÍA ORO, *Cisneros y la reforma del clero español en tiempo de los Reyes Católicos*, Madrid, 1971, pp. 72-79.

¹⁹*SH*, VII, Burgos, 19.251.

La condición de clérigo patrimonial parece derivar directamente del derecho de patronato antes señalado, dada la similitud de ambas prácticas y que se desarrollan en un ámbito territorial coincidente, al menos en parte. Se trataría de que, cuando el titular del patronato era un concejo, los derechos pasaban a los vecinos o a los hijos de éstos que reunieran determinados requisitos, quienes pedían al obispo la concesión y administración de las órdenes correspondientes, sistema que parece más acorde con los principios canónicos. Pero eso no significa que desapareciera la práctica del patronato, mantenida por determinadas familias y otras instituciones, en paralelo con el sistema de clérigos patrimoniales.

Las dificultades en este caso residían en fijar los requisitos de los aspirantes, o en dilucidar el orden de prelación, cuando se producía concurrencia de varias personas a la misma prebenda patrimonial. Para eso se establecieron criterios de formación, costumbres o antigüedad, en los que se daba preferencia a quienes tuvieran estudios universitarios de Teología o Derecho canónico, pero se contemplaban excepciones, como cuando aspiraba a la plaza un presbítero patrimonial de 40 años o más, pues se pretendía evitar la indigencia a estas personas, a causa de la llegada de jóvenes graduados mejor preparados que desplazaban a los mayores²⁰. También se contemplaba el caso de los jóvenes en quienes concurrían varios derechos, heredados de diversos antepasados, y que podrían elegir el que desearan, siempre que renunciaran a ocupar luego otro beneficio, para impedir el absentismo y el acaparamiento de prebendas²¹.

Otros criterios utilizados para fijar la prioridad consistieron en el grado de vinculación de la persona a la parroquia, o de los ascendientes más próximos, de manera que tendría preferencia el hijo o nieto de vecinos sobre el que sólo era bisnieto²². Pero esos planteamientos ortodoxos fueron desplazados, con frecuencia, por otros menos regulares y, en particular, se constata una notable acumulación de prebendas.

La terminología empleada en estos casos muestra un trasfondo social que no debe pasar inadvertido, al menos en lo que se refiere a las expresiones de “clérigo patrimonial” y de “clérigo encorozado”. Esta última, seguramen-

²⁰SH, VII, Burgos, 19.326 y 397.

²¹SH, VII, Palencia, 9.4; Burgos, 19.93-94.

²²Antonio GARCÍA y GARCÍA, *Beneficios y clérigos patrimoniales en Castilla*, “Iglesia, sociedad y derecho”, Salamanca, 3, 2000, pp. 475-480; SH, VII, Burgos, 19.283.

«Anuario de Estudios Medievales», 35/2 (2005), pp. 693-735.- ISSN 0066-5061.

te, se debe relacionar con la *coroza*, término que designa la capa de paja utilizada tradicionalmente por los campesinos gallegos para protegerse de la lluvia, o también a un capucho o capirote que ocultaba la identidad de quien la portaba; por eso se empleaba para designar al eclesiástico que protegía a un poderoso y ocultaba el uso y abuso que éste cometía con los bienes y rentas eclesiásticas²³.

Por lo que se refiere a la de “clérigo patrimonial” no hay duda de que presenta un matiz social que se debe resaltar, ya que parece referirse y beneficiar exclusivamente a los propietarios del lugar, o a sus hijos, pues el disfrute del beneficio exigía, además de la vecindad, disponer de un patrimonio. Y esto no es sólo una sospecha, pues determinadas disposiciones excluían directamente a los jornaleros o a sus hijos de ese derecho, con el argumento de que tales trabajadores tenían poco arraigo y se desplazaban donde les ofrecían mayor soldada, a no ser que estuvieran casados y vivieran en casa independiente de la de sus amos²⁴. En algún territorio concreto, como en el arciprestazgo de Armellada, en la diócesis de Oviedo, se subraya que ese derecho estaba vinculado a la propiedad de bienes raíces en la población donde se pretendía ejercer²⁵.

En todo caso es evidente que se dilucidaban gran cantidad de asuntos en torno al aspecto económico de los beneficios, por los que disputaban numerosas personas de distinta índole. Incluso esta modalidad de clérigos, los patrimoniales, se puede relacionar con el afán de los contribuyentes de beneficiarse, de alguna manera, de sus aportaciones, y lo conseguían recuperando, a través de sus hijos, una parte de los diezmos que habían pagado. Al mismo tiempo, la Iglesia encontraría menos resistencias al tributo y más facilidades para su recaudación cuando se percibieran algunas ventajas, como las citadas.

²³José Luis MARTÍN MARTÍN, *Alfabetización y poder del clero secular de la Península Ibérica en la Edad Media*, en Peter BURKE; José L. MARTÍN MARTÍN; Teresa NAVAS RODRÍGUEZ; Jean-Louis GUEREÑA y otros, “Educación y transmisión de conocimientos en la Historia”, Salamanca, 2002, pp. 123-124.

²⁴“E porque, segun derecho, los semejantes no se presume tener animo de permanecer por vecino, sino por respecto de la soldada, e donde mayor gela diesen, alla se yria, ordenamos, aprobante la santa sinodo, que los tales por tiempos algunos que asi con otros vivieren, no adquieran el tal derecho, salvo si fueren casados e tovieren ende sus casas de morada, en que moraren apartadamente de aquellos a quien sirviesen”, *SH*, VII, Burgos, 19.285.

²⁵Las prebendas patrimoniales “hanlas de aver los que ovieren suelo en el lugar por herencia derecha de abolengo e hanse de ordenar a título de la dicha iglesia”, FERNÁNDEZ CONDE, *La clerecía ovetense en la Baja Edad Media*, p. 192.

No extraña por eso que, ante tantas pretensiones en torno a los beneficios, se produjera un esfuerzo por precisar claramente las condiciones que debían reunir los titulares de prebendas. Esos requisitos aparecen expuestos por numerosos tratadistas medievales, tanto civiles como eclesiásticos y algunos historiadores contemporáneos también se han hecho eco ellos. Señalaré sólo los fundamentales, para evitar una casuística que, además, era ignorada en numerosas ocasiones. Había, ciertamente, requisitos de género, pues sólo eran ordenados los varones, y también de edad, que suele concretarse en los 14 años, esperando que ya entonces dispusieran de la madurez necesaria para el desempeño de las funciones correspondientes; sin embargo, en la práctica y hasta en tratados de carácter oficial, como *Las Partidas*, se admitía la concesión de beneficios a partir de los 7 años²⁶.

Igual de impreciso era el requisito de formación intelectual, pues se solía exigir que los aspirantes supieran leer, cantar y hablar latín, aunque pocas veces se concreta el nivel de esos conocimientos²⁷. En la práctica sabemos que, junto a algunos clérigos cultos y una mayoría con una formación discreta, hubo clérigos total o parcialmente analfabetos²⁸.

Otros requisitos importantes eran disfrutar de la condición de hombre libre, no tener mutilaciones que lo incapacitaran o ser hijo legítimo, condición esta última citada en diversos sínodos y normas canónicas, aunque sobre ella existieron abundantes excepciones. En las bulas pontificias del siglo XIII y posteriores se pueden encontrar numerosas dispensas de esta exigencia.

A pesar de tanto olvido de los requisitos citados, se puede documentar toda una amplia tradición que presenta unos objetivos mucho más ambiciosos a la hora de fijar las características de los eclesiásticos. Ese planteamiento se

²⁶*Las siete partidas del rey don Alfonso el Sabio*, ed. de la Real Academia de la Historia, Madrid, 1807, 1.16.3. Esa edad de 14 años aparece en otros tratados jurídicos de la época como el titulado *De Officiis* (*Collectio Salmanticensis decretalium*), Biblioteca de la Universidad de Salamanca, Ms. 2678. Alude también a ella SÁNCHEZ HERRERO, *Las diócesis del reino de León*, p. 144, aunque duda, con toda razón, que se respetara.

²⁷En el concilio legatino de Valladolid de 1228 se señalaron plazos y se dieron facilidades para que los clérigos realizaran los correspondientes estudios de Gramática, que luego repiten varios sínodos; una versión de estas normas en Antonio GARCÍA y GARCÍA, *Legislación de los concilios y sínodos del reino leonés*, "Iglesia, sociedad y derecho", 3, pp. 242-250. José María SOTO RÁBANOS, *Disposiciones sobre la cultura del clero parroquial en la literatura destinada a la cura de almas (siglos XIII-XV)*, "Anuario de Estudios Medievales", 23 (1993), pp. 257-356.

²⁸MARTÍN MARTÍN, *Alfabetización y poder del clero secular*, pp. 95-132.

apunta ya en *Las Partidas*²⁹, y lo desarrollan luego diversos prelados castellanos.

En todo caso, había una condición básica para gozar de los privilegios eclesiásticos y recibir cualquier beneficio: la recepción de la tonsura, que se consideraba la manifestación física de la pertenencia al colectivo clerical y que debían recibir del prelado de su diócesis³⁰.

La tonsura no es más que el primer paso de lo que se deseaba fuera una carrera eclesiástica completa. A ella debería seguir la administración de las cuatro órdenes menores: las de ostiario, lector, exorcista y acólito, como preparación para recibir luego las tres mayores, de subdiácono, diácono y presbítero, la última con mayor madurez intelectual y humana, pues no debería administrarse antes de los 25 años. Éste es el planteamiento más común entre los tratadistas medievales del tema, aunque se incumplía a veces, cuando se administraban varias órdenes al mismo tiempo. Por otro lado, existían discrepancias, unas relacionadas con la denominación, como se advierte en un texto ya citado que alude a la orden menor de salmista, y otras referidas a la admisión o no de la tonsura como la primera de las órdenes³¹.

Pero lo que me parece más notable de reseñar ahora es que ese planteamiento quedaba, con frecuencia, truncado, pues numerosos eclesiásticos no llegaban a superar el primer nivel de órdenes, según señalan diversos textos, y se advierte también en la autorización para que los *graderos* (clérigos con órdenes menores) pudieran contraer matrimonio³². Esto sólo tiene sentido cuando se trate de personas que no piensan recibir nunca órdenes mayores, —porque para éstas el celibato era obligatorio—, pero que sí podían recibir ya muchos de los beneficios.

²⁹“Letrados et honestos et sabidores del uso de la egleſia deben ſer los clérigos”, *Partidas*, 1.16.2.

³⁰“Prima tonsura ſeu psalmiſtatus ordo ſignum eſt et initium ordinis clericalis et eadem omiſa quiſ aſtrictuſ non cenſetur militie clericalis nec dignuſ ad eccleſiaſticuſ beneficiuſ obtinenduſ”, *SH*, I, Santiago de Compoſtela, 9.2, de 1322. En un ſentido ſimilar, *SH*, VI, Segovia, 1.3.1: “Mandamuſ quod omneſ cleriſi ſiue maioruſ ſiue minoruſ ordinuſ habeant coronam et tonſuram clericaliẽ. Quod ſi non habuerint, non defendentur ab Eccleſia”.

³¹A eſta diſcuſiõn alude Martõn PÉREZ, *Libro de laſ confeſioneſ*, Madrid, 2002, p. 645. *Partidas*, 1.6 enumera un total de nueve õrdenes pues a laſ citadaſ aña-de la tonsura y la conſagración epiſcopal.

³²“Eſtaſ ſon laſ ordenes que llaman quatro gradoſ, e ſon ordenes menorẽs e non enbargan caſamientoſ”, PÉREZ, *Libro de laſ confeſioneſ*, p. 648.

2. FORMACIÓN DE LA RED PARROQUIAL Y MULTIPLICACIÓN DE BENEFICIOS

La red de iglesias se fue constituyendo a medida que se asentaban los pobladores sobre los territorios, de manera que en los situados al Norte del Duero la trama eclesiástica era ya bastante densa en el siglo XII, y al Sur del río, en las *extremaduras*, se perfiló a lo largo de esa centuria y se consolidó a comienzos del XIII. Más al mediodía, en los territorios de la Transierra o de la Andalucía conquistada por los cristianos, se fueron levantando iglesias, o transformando las antiguas mezquitas, sobre todo en las décadas centrales de ese último siglo.

Las noticias que tenemos sobre los orígenes de las iglesias de villas y aldeas son muy aisladas y poco precisas, sobre todo en los asentamientos más pequeños. Se conservan algunas referencias a la autorización a señores e instituciones para que levantaran altares y edificaran iglesias para las poblaciones sometidas a su jurisdicción³³, así como al proceso mismo de construcción que, en ocasiones, aparece como fruto de la colaboración del señor del lugar y sus vasallos³⁴. Con mayor frecuencia las noticias suelen aparecer en el contexto de pleitos por los límites diocesanos o en querellas entre instituciones eclesiásticas que se disputaban competencias o derechos. Se advierte que en esos templos se concentraban excedentes, productos o dinero, que los fieles entregaban como ofrendas o en concepto de diezmo, pero es muy raro que los documentos detallen aspectos tales como el número de servidores que tenían o los actos de culto que se desarrollaban.

Poco a poco comienza a percibirse la existencia de unos marcos amplios de organización de las iglesias, que eran los arcedianatos, localizados en las principales villas. En las iglesias del Norte, Fletcher ha documentado arcedianos desde las primeras décadas del siglo XII, que corresponden pronto

³³“Concedimus etiam quod licitum sit eis erigere altaria, et edificare ecclesias in omnibus locis ab eis noviter populandis, et etiam populatis”, José Luis MARTÍN MARTÍN, *Documentación medieval de la iglesia catedral de Coria*, Salamanca, 1989, doc. 10.

³⁴“Ego vero Stephanus episcopus facio ecclesiam ipsius ville cum adiutorio vestro”, establecía el obispo de Zamora en su fuero a los vecinos de Moraleja en 1161, Marciano SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, *Fueros y posturas de Zamora (Tumbo Blanco y Negro)*, Salamanca, 1987, doc. 6.

a diversas áreas territoriales, como se advierte en la diócesis de Lugo³⁵. El mismo fenómeno se observa en diócesis de la Meseta Norte, como Ávila, Salamanca o Segovia, en la segunda mitad del siglo XII; en ellas está bien documentada la existencia de clerecías organizadas en las poblaciones de Olmedo, Arévalo, Alba de Tormes, Medina, Ledesma, Sepúlveda, Pedraza, Fresno o Íscar³⁶.

Enseguida comienzan las noticias de la división de las diócesis en otras unidades menores, arciprestazgos y vicarías; en algunas ocasiones se documenta en una misma población la existencia de arcediano y de arcipreste, aunque no se trate de sede episcopal³⁷, lo que parece significar que allí existía un núcleo eclesiástico sólido.

Aunque la parroquia es una institución con unas raíces que sobrepasan ampliamente nuestro marco cronológico, la fijación de su sentido moderno y de su importancia sacramental, social y económica se produce como consecuencia del desarrollo del derecho canónico en el siglo XIII³⁸, y de su implantación en Castilla como consecuencia de la aplicación de las disposiciones del IV concilio de Letrán y de posteriores concilios provinciales³⁹. Referencias a esas asambleas se encuentran en sínodos bastante próximos, como el celebrado en Segovia el año 1216, donde el obispo exigía la adscripción de cada feligrés a una parroquia, en la que recibía los sacramen-

³⁵Richard A. FLETCHER, *The Episcopate in the Kingdom of León in the Twelfth Century*, Oxford, 1978, pp. 93 y 152-153.

³⁶Ángel BARRIOS GARCÍA, *Estructuras agrarias y de poder en Castilla. El ejemplo de Ávila (1085-1320)*, I, Salamanca, 1983, pp. 227-228. En la diócesis de Salamanca había ya arcedianos en Alba y Ledesma en 1187, y poco después se conoce el nombre del de Medina y Alba, José Luis MARTÍN MARTÍN, Luis Miguel VILLAR GARCÍA, Florencio MARCOS RODRÍGUEZ, Marciano SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, *Documentos de los archivos catedralicio y diocesano de Salamanca*, Salamanca, 1977, docs. 94 y 117. Para las villas segovianas, Luis Miguel VILLAR GARCÍA, *Documentación medieval de la catedral de Segovia (1115-1300)*, Salamanca, 1990, docs. 52-55, de mediados del siglo XII.

³⁷José-Luis MARTÍN, *Documentos zamoranos. I: Documentos del Archivo Catedralicio de Zamora. Primera Parte (1128-1261)*, Salamanca, 1982, doc. 25. Mapas con las subdivisiones de las diócesis castellano-leonesas en José SÁNCHEZ HERRERO, R. LÓPEZ BAHAMONDE, *La geografía eclesiástica en León y Castilla. Siglos XIII al XVI*, "El pasado histórico de Castilla y León", t. 1, Burgos, 1983, pp. 295-313.

³⁸Antonio GARCÍA y GARCÍA, *Parroquia, arciprestazgo y arcedianato. Origen y desarrollo*, "Iglesia, sociedad, y derecho", 4, pp. 406-407.

³⁹Francisco Javier FERNÁNDEZ CONDE, *Aplicación de las reformas del Lateranense IV en la iglesia española*, en Ricardo GARCÍA-VILLOSLADA, (dir.), *Historia de la Iglesia en España*, II-2º, Madrid, 1982, pp. 47-58. Peter LINEHAN, *The Spanish Church and the Papacy in the Thirteenth Century*, Cambridge, 1971. Antonio GARCÍA y GARCÍA, *Constitutiones Concilii quarti Lateranensis una cum commentaris glossatorum*, Città del Vaticano, 1981.

tos, al tiempo que prohibía que otros clérigos diferentes le administraran el bautismo o la penitencia, a no ser que se encontrara en peligro de muerte, ni aceptaran darle sepultura en otra iglesia, salvo casos excepcionales⁴⁰.

Se produjo entonces un proceso lento y profundo, en el que la parroquia se refuerza, hasta convertirse en el núcleo fundamental de la comunidad, donde reposan los antepasados, se celebran ceremonias por sus almas, se reúnen los vecinos para celebrar las festividades, así como para organizar la convivencia y resolver sus conflictos. Al mismo tiempo, también se advierte el fortalecimiento de las clerecías de estas poblaciones, sobre todo de las villas que eran cabeza de arcedianato y arciprestazgo. La prueba está en que intervinieron colectivamente en conflictos o rechazaban al pago de determinados impuestos eclesiásticos, como hacían los clérigos de Medinaceli, que se negaban a entregar el impuesto de catedrático y la procuración por la visita a la iglesia, mientras que los de Sigüenza se atrevían a pleitear con el cabildo⁴¹.

Pero, ¿qué pasaba a comienzos del siglo XIII en el ámbito más rural, en las aldeas? Desde luego, había parroquias desde bastante antes en diócesis como la de Ávila donde una bula de Inocencio II, del año 1174, alude a parroquias en las aldeas de las tierras de Arévalo, Olmedo y Alcazarén, aunque se podría dudar de que en la curia pontificia conocieran bien la realidad de ese episcopado⁴²; enseguida se documenta la existencia de varios eclesiásticos en algunas iglesias rurales de las diócesis de Zamora y Burgos, entre otras⁴³. A comienzos del siglo XIII muchas de esas iglesias ejercían ya como centros recolectores de diezmos.

Además, resulta seguro que se estaba produciendo un crecimiento rápido del número de iglesias y que, a mediados del siglo XIII, se había

⁴⁰SH, VI, Segovia, 1.3.10, 11.

⁴¹Juan Francisco RIVERA RECIO, *La Iglesia de Toledo en el siglo XII (1086-1208)*, Roma, 1966, pp. 276-277.

⁴²"Parrochiam quoque tuam, videlicet, Avilam, Arevalo, Olmeto, et Alchaszrem, quas te et antecesores tuos constat legitime tenuisse, tibi nichilominus confirmamus", en bula de Inocencio II, Letrán, 1140, marzo, 19, Ángel BARRIOS GARCÍA, *Documentos de la catedral de Ávila (siglos XII-XIII)*, Ávila, 2004, doc. 3.

⁴³MARTÍN, *Documentos zamoranos I*, doc. 37, que incluye, entre los confirmantes, dos clérigos de Fermoselle; doc. 96, que presenta a tres clérigos de Belver resolviendo un pleito y doc. 115, por el que el prelado de Zamora ordenó que en Montamarta hubiera nueve clérigos. Para iglesia burgalesa de San Juan de Ortega, que tenía, al menos, cinco clérigos, José Carlos de LERA MAILLO, *Catálogo de los documentos medievales de la catedral de Zamora*, Zamora, 1999, doc. 257.

formado ya una red muy tupida de templos, pues prácticamente ningún poblado, aunque fuera muy reducido el número de vecinos, carecía de uno.

En ese crecimiento han debido influir factores de muy diverso tipo, entre los cuales destacan los éxitos militares contra los musulmanes, que permitieron a la población cristiana desplegarse libremente, pues los islamitas ya no constituían un peligro al Norte de Sierra Morena. Esto significa, al menos, dos cosas importantes: la multiplicación de los poblados y la consecución de mayores rendimientos, pues se produciría un mejor empleo del trabajo, ya que los campesinos buscarían labrar las zonas más fértiles y las trabajaban mejor al asentarse en la proximidad de sus explotaciones.

A esto se suman otras decisiones al más alto nivel que obligaron a un mayor control y a una sistematización del reparto de los excedentes, especialmente en el caso de los diezmos, a consecuencia de los cuales nos ha llegado una información algo más completa de esas iglesias que constituían la referencia fundamental en el momento de su recaudación. Me refiero a la autorización pontificia para que Fernando III recibiera la tercia real, tema citado antes, pero también a la regulación minuciosa de la administración de las rentas de numerosas catedrales castellanas a mediados del siglo XIII, consecuencia de la reforma promovida en el pontificado de Inocencio IV que se concretó en unas constituciones del cardenal Gil Torres que fijaron la distribución de las rentas de las catedrales de Ávila, Burgos, Calahorra, Salamanca y Santo Domingo de la Calzada, al menos⁴⁴.

Como consecuencia, se elaboraron relaciones de iglesias donde se percibían diezmos, para facilitar su recaudación y administración. Algunas de esas listas han llegado hasta nuestros días y nos muestran que, a mediados del siglo XIII, había incluso más aldeas que en la actualidad en diócesis como las Ávila, Salamanca y Segovia⁴⁵, y que cada una ellas contaba con su iglesia. En ese mismo contexto se elaboró una relación de los préstamos del obispado de Burgos, confirmada por el citado cardenal Gil Torres, con una lista de más de 400 iglesias⁴⁶. En Soria, por disputas sobre la percepción del diezmo, entre

⁴⁴Estas constituciones fueron publicadas por Demetrio MANSILLA REOYO, *Iglesia castellano-leonesa y Curia romana en los tiempos del rey San Fernando*, Madrid, 1945, pp. 321 y ss.

⁴⁵Ángel BARRIOS GARCÍA, *Repoblación de la zona meridional del Duero. Fases de ocupación, procedencias y distribución espacial de los grupos repobladores*, "Studia Historica. Historia Medieval", III, 2(1985), p. 37, ha documentado para esas diócesis, más Ciudad Rodrigo, unos 1600 poblados.

⁴⁶Enrique FLÓREZ; Manuel RISCO, *España Sagrada*, vol. XXVI, apéndice XVIII.

los clérigos de las iglesias de esa población y los de las aldeas dezmeras del término, se elaboró el padrón de 1270, en el que aparecen citados 238 poblados que funcionaban como unidades de referencia a la hora de su recaudación⁴⁷.

Una relación bastante completa y explícita de las iglesias de esa época y de los beneficios dotados en cada una de ellas corresponde a la zona norte de Madrid, y se resumen en el siguiente cuadro.

Cuadro 1.- Clero del siglo XIII⁴⁸

Iglesias y dotaciones eclesiásticas en arciprestazgos de Talamanca, Buitrago y vicaría de Alcolea, año 1274 aprox.

Número de pueblos	61
Número de iglesias	67
Raciones servideras	90
Capellanías	11
Prestameras	19,25

De él se deduce que la mayoría de las poblaciones contaban con un templo, aunque las más destacadas, las cabezas de arciprestazgo o vicaría, disponían ya de varias iglesias. En conjunto, el número de puestos eclesiásticos duplica prácticamente al de templos, aunque los beneficiados de algunos, los titulares de prestameras, no residieran en la población correspondiente. Por lo demás, resulta imposible calcular el número de clérigos que realmente desempeñaban sus tareas en esas poblaciones, por dos razones fundamentales: nos consta que algunos beneficios se encontraban divididos entre varios clérigos, como se advierte en Algete, donde una ración servidera se dividía

⁴⁷Esther JIMENO, *La población de Soria y su término en 1270*, "Boletín de la Real Academia de la Historia", CXLII (enero-marzo, 1958), pp. 207-274 y CXLII (abril-junio, 1958), pp. 365-494.

⁴⁸Extractado de Francisco J. HERNÁNDEZ, *Las rentas del rey. Sociedad y fisco en el reino castellano del siglo XIII*, t. 1, Madrid, 1993, pp. 435-458.

«Anuario de Estudios Medievales», 35/2 (2005), pp. 693-735.- ISSN 0066-5061.

entre tres clérigos, aunque en la mayoría de las poblaciones no se indica nada parecido; por otro lado, resulta que había clérigos poco escrupulosos que se limitaban a recaudar sus rentas y se ausentaban inmediatamente⁴⁹.

Claro que esas informaciones no nos permiten asegurar que entonces cada iglesia tuviera su cura y funcionara como una parroquia pues la mayoría de las dotaciones son calificadas como raciones servideras y no se precisa las funciones de sus titulares. Diversos textos de carácter general indican que aún había bastantes iglesias sin el correspondiente rector, aunque otras muchas contaban ya con varios clérigos, trazando, de este modo, una situación bastante irregular.

Uno de los problemas fundamentales en ese sentido consistía en la dispersión de la población que, aunque permitió un incremento de la producción y de los excedentes, dificultaba las atenciones eclesiásticas. En efecto, resultaba difícil que se pudiera mantener dignamente un clérigo con la porción del diezmo correspondiente a un reducido número de habitantes, y un buen ejemplo lo tenemos en el caso citado de las aldeas de Soria, muchas de las cuales no llegaban o apenas superaban la decena de vecinos. Seguramente por eso aparecen pocos clérigos entre los *fazedores*, o encargados de realizar el padrón, aunque deberían ser ellos los que tuvieran un control más preciso de la población⁵⁰.

En otra diócesis próxima, la de Segovia, el obispo Pedro de Cuéllar admitía, aproximadamente medio siglo después, que en cada aldea debería haber un cura, (como lo había ordenado el concilio de Valladolid de 1322), pero reconocía que no existían las condiciones para cumplir ese precepto⁵¹. Y esta situación persistiría durante toda la Edad Media, aunque cada vez más limitada a aldeas de difícil acceso o a zonas con población muy dispersa⁵².

⁴⁹“Valdemora: es media ration \Domingo Andres/ e cogido lo añal fuese con el[lo]”, *Ibid.*, p. 448.

⁵⁰La presencia de clérigos *fazedores* en el citado Padrón se detecta, sobre todo, en poblados cuyo nombre está dedicado a santos: San Vicente, San Mateo, San Millán, San Martín de Canales, etc., lo que, seguramente, significa que tenían unas funciones eclesiásticas destacadas. Pero también se constata en otras pocas aldeas, como Arcanova, Cinco Villas, El Poyo o Calatañazor.

⁵¹“E porque es a nos acomodado que establezcamos una cura en cada logar, e non lo podemos fazer por estos tiempos... mandamos a los clérigos que husen de las curas en aquella manera que deven, fasta que proveamos de las curas en aquella manera que devemos”, *SH*, VI, Segovia, 3.1.111.11.

⁵²Así, en la diócesis de Oviedo se documentan problemas por la fusión de iglesias, debida, en ocasiones, a la escasez de sus rentas, *SH*, III, Oviedo, 6.20.34; 11.6 y 12.4; I, Tuy, 6.3.16.34.

De todos modos, la situación avanzaba y cada vez quedaban menos parroquias vacantes. Es más, la tendencia general era de un incremento permanente del número de clérigos, multiplicándose los beneficios a medida que se recaudaban más rentas. El criterio oficial era que al menos hubiera un cura en cada parroquia pero que, si se disponía de ingresos suficientes, se dotaran, como mínimo, dos beneficios, el del cura y el de otro eclesiástico que le ayudara a misa, a leer y a cantar⁵³.

Ese criterio, que podía tener una justificación funcional, aunque desde un punto de vista estricto era suficiente con un presbítero que administrara los sacramentos y dijera misa, enseguida fue sobrepasado en un gran número de poblaciones, lo que indica que existía una fuerte presión para apropiarse de las rentas beneficiosas. Como consecuencia del crecimiento se generalizó la costumbre de la clerecía de organizarse en hermandades, cofradías o “universidades”, algunas de las cuales tendrían su origen en el siglo XII⁵⁴; mediante ellas los beneficiados procuraban mantener mayor presencia pública y hacer frente con éxito a sus problemas.

Esas hermandades a veces nos permiten conocer la complejidad del colectivo clerical de las poblaciones. Así, por ejemplo, sabemos que en Sepúlveda había a mediados del siglo XIII unos 30 racioneros, entre presbíteros y diáconos, que fueron los destinatarios de un privilegio de Alfonso X; un siglo después había unos 35 en Cuéllar, mientras que en Villalpando había dos cofradías diferentes de eclesiásticos, una de clérigos y otra de capellanes⁵⁵. También consta que crecieron y se organizaron las clerecías de las grandes poblaciones de la Andalucía conquistada, como las de Úbeda o Santisteban del Puerto, jerarquizadas y con sus cargos de arcipreste, vicario, prior, tesorero y chantre en las primeras décadas del siglo XIV⁵⁶.

En general, sabemos que el número de beneficiados fue creciendo constantemente hasta ser percibido como excesivo por los propios prelados en

⁵³“Item, cada rector aya al menos un clérigo o un moço que lo aiude a la misa et a las Horas, et que saba leer et cantar”, *SH*, III, León, 3.39.

⁵⁴Así, por ejemplo, la regla de la cofradía de Nuestra Señora de Biziana, de la villa de Oña, podría remontarse a 1184, tal como señala la copia de 1616, Francisco RUIZ GÓMEZ, *Las formas de poblamiento rural en La Bureba en la Baja Edad Media*, Madrid, 1988, doc. 1.

⁵⁵Emilio SÁEZ, *Colección diplomática de Sepúlveda*, Segovia, 1956, doc. 10; Antonio UBIETO ARTETA, *Colección diplomática de Cuéllar*, Segovia, 1961, doc. 111; Ángel VACA LORENZO, *Documentación medieval del archivo parroquial de Villalpando (Zamora)*, Salamanca, 1988, doc. 8.

⁵⁶José RODRÍGUEZ MOLINA (dir.), *Colección documental del archivo municipal de Úbeda. II (siglo XIV)*, Granada, 1994, doc. 30.

los siglos XIV y XV; así, el obispo Juan Cabeza de Vaca denunció la existencia de “muchedumbre de los clérigos” que generaba problemas ya que, “por no haver suficiencia de mantenimiento de las yglesias, muchos de ellos andan e sirven, por ganar la vida, en oficios e vestidos inhonestos, en oprobio de la orden clerical”⁵⁷. Para reconducir la situación toma la medida de establecer una “matrícula”, o plantilla de clérigos que debían servir en cada una de las iglesias del obispado.

Ese mismo problema lo había detectado también el prelado palentino Vasco Fernández de Toledo, según informa en el sínodo que celebró en 1346, y propone exactamente la misma medida, la elaboración de la correspondiente matrícula⁵⁸. Lo que añade de interesante su decisión no es sólo que precede cronológicamente a la anterior, sino que esa relación de beneficios se ha conservado, lo mismo que sucede con la que se elaboró a instancias del prelado ovetense Gutierre de Toledo, con lo cual disponemos de dos relaciones bastante completas, que nos permiten conocer algunos detalles interesantes de la configuración del clero rural medieval, a escala diocesana, en dos territorios importantes, como eran los de las diócesis de Palencia y Oviedo en el siglo XIV⁵⁹.

El primer fenómeno que se constata es el elevado número de parroquias existentes, 576 en Palencia y unas 1.000 en Oviedo, lo que significa que prácticamente todos los asentamientos contaban ya con su iglesia, en coincidencia con los datos que señalábamos antes para otras diócesis del valle del Duero.

⁵⁷SH, VII, Burgos, 19.97, constitución aprobada en 1411 y recopilada un siglo después.

⁵⁸“Statuimus ut in qualibet ecclesia nostre diocesis sit certus numerus clericorum, prout in ordinatione per nos facta in quadam matricula, nostri sigilli appensiones munita, seriusius continetur, quam in sacrario nostre ecclesie deponi et custodiri mandauimus”, SH, VII, Palencia, 3.5.

⁵⁹Jesús SAN MARTÍN PAYO, *La más antigua Estadística de la Diócesis Palentina (a. 1345)*, “Revista de la Institución ‘Tello Téllez de Meneses’”, 7 (1951), 1-120. FERNÁNDEZ CONDE, *La iglesia de Asturias en la Baja Edad Media*, pp. 101-207.

Cuadro 2.- Clero del siglo XIV⁶⁰

Diócesis de Palencia, año 1346		Diócesis de Oviedo, año 1382	
Curas	509	Capellanes	734
Presbíteros	1.101	Beneficiados	447
Diáconos	276	Prestameros	90
Subdiáconos	538		
Graderos	1.400		
<i>Total</i>	<i>3.824</i>		<i>1.271</i>

También resulta llamativo el gran número de clérigos existente, aunque parece claro que se pueden distinguir dos situaciones diferentes, una de las cuales correspondería al modelo de poblamiento disperso de los territorios del Norte y la otra más frecuente en las tierras de la Meseta.

En el primero predominaban los eclesiásticos que ejercían como curas en sus respectivas parroquias, en número muy elevado, aunque seguramente no llegaban a todas las poblaciones, pues hay varias localidades, de las que sólo sabemos el nombre, donde no consta que hubiera ningún clérigo. En estos territorios resulta claro que no se alcanzaba el objetivo establecido por el obispo leonés Gonzalo Osorio de que hubiera dos servidores por iglesia pues, de acuerdo con los cálculos realizados por Fernández Conde, la proporción aproximada sería de 1,5 clérigos por parroquia⁶¹. Pero existían diferencias según zonas y, más en concreto, según la riqueza de la población ya que, junto a iglesias que se habían tenido que fusionar para mantener a un capellán, otras contaban con una docena de beneficios.

⁶⁰Según nota anterior. Los datos, en ambos casos, son aproximados, pues en algunas parroquias no consta el número de clérigos, en otras sólo aparece un término, beneficiados, capellanes, p. e., en plural, y también puede suceder que una misma persona aparezca como titular de beneficios diferentes.

⁶¹F.J.FERNÁNDEZ CONDE, *La iglesia de Asturias en la Baja Edad Media*, p. 36.

En la diócesis palentina el clero era numerosísimo pues no sólo había muchas parroquias sino que, además, se alcanzaba la proporción de más de 6,5 clérigos para cada una de ellas. Pero es cierto que los eclesiásticos estaban muy mal repartidos, ya que en la montaña existía cierta escasez, mientras que las grandes villas de la llanura alcanzaban cifras realmente sorprendentes: en Becerril de Campos había 121 clérigos, repartidos en 7 parroquias; en Carrión de los Condes había 99 clérigos; en Paredes de Nava 91; en Astudillo 49 y en Frómista 44. Seguramente el número de eclesiásticos de las tres primeras poblaciones citadas superaba al que tenían algunas pequeñas ciudades episcopales en esa misma época, como Badajoz, Ciudad Rodrigo o Coria.

Por eso no es extraño que los prelados se alarmaran y se negaran a conceder más beneficios que los establecidos en la matrícula; pero siempre existían recursos para burlar tales limitaciones, y muchos lo encontraron dando un rodeo por Aviñón, donde la curia concedía prebendas con generosidad⁶².

De todos modos, da la impresión de que el sistema de beneficios estaba alcanzando ya los límites de su expansión. Las fechas de las matrículas citadas, décadas de los cuarenta y ochenta del siglo XIV, pueden relacionarse con las dificultades de la economía castellana, que repercutían en las rentas. Y en la misma línea está la constatación de que disminuyó el número de aldeas en el obispado de Palencia justamente en los años centrales de ese siglo, tomando como punto de partida la citada estadística y contrastando sus datos con los que aporta el Becerro de las Behetrías de 1352⁶³. Incrementar el número de prebendas supondría reducir unos ingresos que, en muchas iglesias rurales, serían ya muy justos.

Desgraciadamente, carecemos de datos continuados de un territorio amplio para poder valorar la evolución de los beneficios. Es verdad que para el siglo XV contamos con ciertas series de parroquias rurales, como las relativas al arcedianato de Madrid, o a las diócesis de Ávila, León y Sego-

⁶²Como "algunos non quepan en el numero que deve ser guardado en las dichas iglesias, vanse para Avinnon a la corte de nuestro señor el papa, a do no son conosciados nin se saben las dichas constituciones e ordenaciones que en esta razon deven ser guardas en el dicho nuestro obispado, e fazense ordenar", *SH*, VII, Palencia, 7-8.4.

⁶³Nicolás CABRILLA CIEZAR, *La crisis del siglo XIV en Castilla: la peste negra en el obispado de Palencia*, "Hispania", 109 (1968), pp. 1-16.

via⁶⁴; pero sus aportaciones sobre el número de clérigos o son limitadas o de difícil cuantificación, además de que no tenemos datos anteriores suficientes para contrastarlos.

En todo caso, se mantiene un número muy elevado de curas, pero no se documenta una cantidad tan destacada de beneficios simples o servideros, es decir, de los que no exigían la condición de presbítero, en relación con lo que constatabamos en Palencia. Resulta bastante significativo, en este sentido, el caso de León que se resume a continuación, aunque conviene advertir que se trata de un padrón con una finalidad fiscal, y que en el mismo se advierte la resistencia de algunos tonsurados a contribuir, por lo que quizá su número deba corregirse al alza.

Cuadro 3.- Clero del siglo XV

Diócesis de León. Año 1468 ⁶⁵		Arcedianato de Madrid 1427 ⁶⁶ y c.1500 ⁶⁷		
		Pueblos visitados	66	35
Curas de misa	878	Beneficios curados	45	32
Diáconos-subdiáconos	20	Capellanías		42
Tonsurados	82	Prestameras	10	
<i>Total</i>	<i>980</i>			

⁶⁴Gregorio de ANDRÉS, *Actas de la visita al arcedianazgo de Madrid en 1427*, en "Hispania Sacra", XXXVIII (1986), pp. 153-245. Antonio de la TORRE y del CERRO, *Una visita al arcedianazgo de Madrid por orden de Cisneros*, "Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo de Madrid", 50 (jul. 1944), pp. 375-387; Ángel BARRIOS GARCÍA, *Libro de los veros valores del Obispado de Avila (1458)*, Avila, 1991; FERNÁNDEZ FLÓREZ, *El 'Becerro de Presentaciones'*, pp. 263-565; Bonifacio BARTOLOMÉ HERRERO, *Una visita pastoral a la diócesis de Segovia durante los años 1446 y 1447*, "En la España Medieval", 18 (1995), 303-349.

⁶⁵Archivo Diocesano de León, Fondo General, Ms. 12, que cita el arciprestazgo de Lillo pero no precisa el número de clérigos.

⁶⁶Según de ANDRÉS, *Actas de la visita al arcedianazgo de Madrid en 1427*, pp. 166-245.

⁶⁷Según de la TORRE Y DEL CERRO, *Una visita al arcedianazgo de Madrid*, pp. 379-387.

Los datos del arcedianato de Madrid tienen el interés de ofrecer información de una misma zona en dos fechas diferentes, separadas por varias décadas aunque, como se advierte en el mismo número de poblaciones visitadas, la coincidencia territorial sólo es parcial. La falta de uniformidad llega, incluso, a los conceptos incluidos, pues en la visita más reciente no se alude a los préstamos. De todos modos, creo que el aspecto más destacable es la multiplicación de capellanes, que no corresponde a la fundación de capellanías por particulares sino a la costumbre, tanto de los curas como de los beneficiados simples, de poner un sustituto para poder ausentarse sin necesidad de cumplir con las obligaciones del cargo.

En conclusión, se puede aceptar una cierta adecuación a las exigencias pastorales así como a las circunstancias económicas, y es probable que la baja rentabilidad de algunos de los beneficios de inferior categoría haya inclinado a muchos tonsurados a pedir que les fueran concedidas las órdenes superiores, aunque luego la abundancia de presbíteros haya incrementado la oferta de capellanes. Pero no creo que se produjera una modificación profunda de la estructura benefical, por dos razones fundamentales: consta que aquellas matrículas seguían en vigor mucho después de ser elaboradas y, por otro lado, la trama de intereses en torno a los beneficios era tan compleja que resultaba muy difícil cualquier cambio radical.

3. TIPOLOGÍA DE LOS BENEFICIOS:

CURADOS, SERVIDEROS, CAPELLANÍAS Y PRÉSTAMOS

Se ha aludido en estos cuadros, y en otros textos de la época, a la existencia de diversos tipos de beneficios en la mayoría de las iglesias medievales, entre las que se encuentran las de villas y aldeas, por lo que conviene aclarar algunos aspectos de su alcance y significado para interpretar mejor la situación de los clérigos. Por otro lado, debemos detenernos en este tema porque la documentación utiliza una terminología que no es siempre clara ni uniforme para designarlos. Un somero análisis quizás ayude a entender mejor el complicado mundo eclesiástico medieval.

Los tres tipos de beneficios fundamentales durante la Edad Media fueron los curados, los simples, llamados también servidores y las capellanías. Aparte de esos, debemos hacer una alusión también a los préstamos o prestameras, puesto que tienen el mismo origen diezmal, se recaudan en los

pueblos y, aunque beneficiaban más al clero catedralicio, en ocasiones también se aplicaron en colegiatas o iglesias de las villas.

Los *curados* eran los más importantes, pues llevaban incorporada la obligación de celebrar misa, de administrar los sacramentos y, en general, de presidir las celebraciones litúrgicas. Se llamaban curados porque tenían encomendada la cura de almas y por eso estaban reservados a presbíteros, que debían residir habitualmente en la población donde radicaba el beneficio. En la Baja Edad Media solía haber varios beneficios curados en todas las villas castellanas y uno en la mayoría de las aldeas.

Pero una cosa era la dotación de beneficios y otra el ejercicio de las funciones pues, en la práctica, no todos los que habían recibido un beneficio curado eran presbíteros, ni todos los presbíteros ejercían cura de almas. Lo primero se explica por el peculiar sistema medieval de exigir que se dispusiera de un beneficio para solicitar ser ordenado. De esta manera, según los propios sínodos, se podía recibir un beneficio curado y disponer luego de un año para ser ordenado sacerdote. ¿Qué sucedía en la realidad? Pues que muchos de los jóvenes que lograban esos beneficios ponían un teniente de cura, un capellán o un excusador, que de todas estas maneras designaban al sustituto, y ellos se ausentaban, con la mayor parte de las rentas, a estudiar o a otros asuntos. Esta costumbre estuvo tan extendida que la practicaron incluso hijos de reyes que entraron en el santoral: es el caso del infante Felipe, un hijo de Fernando III, que fue nombrado abad de Castrogeriz y de Valladolid, ambos con cura de almas, cuando aún era niño y no podía recibir el presbiterado; en realidad no lo recibió nunca pues acabó renunciando a la carrera eclesiástica⁶⁸. Además de esos capellanes que eran contratados por los titulares de un beneficio curado para que los sustituyeran durante sus ausencias, existían también otros beneficios llamados *capellanías*, con unas funciones algo diferentes. Se trataba de los eclesiásticos dedicados a celebrar oficios religiosos por el alma de alguna persona o de los miembros de una familia que, habitualmente, había hecho construir un altar en una capilla que servía también de panteón. Las iglesias de las villas recibieron numerosas mandas testamentarias destinadas a clérigos que se ocupaban de rezar las misas y responsos por el alma de los

⁶⁸Julio GONZÁLEZ, *Reinado y diplomas de Fernando III. I: Estudio*, Córdoba, 1980, pp. 111-112.

«Anuario de Estudios Medievales», 35/2 (2005), pp. 693-735. - ISSN 0066-5061.

donantes⁶⁹. Por supuesto, la dotación de estas capellanías y las tareas encomendadas dependían de las posibilidades económicas y de la voluntad del fundador por lo que, sin duda, se dieron situaciones muy diferentes.

En todo caso, en cada una de las principales parroquias de las villas solía haber varios clérigos, uno de ellos el cura y los otros podían ser también presbíteros que, pesar su condición, disfrutaban de un beneficio sin cura de almas en la misma iglesia. La documentación medieval refleja este fenómeno designando al primero como “prior”, “abad” o “cura”, y a los demás como “prestes”. Además, sucedía con frecuencia que estos últimos no mostraban ningún interés en ocupar el lugar de los primeros pues su situación les suponía la ventaja de que la obligación de residencia era más flexible para ellos, y así podían disfrutar de prebendas en diversas iglesias.

Por *beneficios simples* o *servideros* se designa a todos aquellos cuyos titulares no tenían obligaciones pastorales, sino que se ocupaban, preferentemente, de los aspectos más externos del culto, como participar en el rezo de las horas canónicas, en procesiones y similares. Incluso durante mucho tiempo su característica más común fue puramente económica: consistía en el derecho que exhibían a recibir rentas eclesiásticas⁷⁰. Formaban parte de este colectivo eclesiástico gentes con órdenes de todo tipo, desde simples tonsurados o con las órdenes menores, hasta subdiáconos, diáconos y presbíteros, los “prestes” que citábamos antes. Y conviene insistir en que durante la Edad Media, a diferencia de lo que ha sucedido después, eran muchos los clérigos que se contentaban con la simple tonsura, y no recibían más órdenes a lo largo de su vida. En realidad, llevaban con frecuencia una vida bastante relajada y se olvidaban incluso de los signos externos de su condición, según denuncian diversas autoridades. Así, el obispo palentino Juan de Castromocho advertía en las visitas cursadas a su diócesis problemas en el servicio de los clérigos menores, porque muchos se encontraban ausentes y otros no querían servir, aunque no dejaban de recibir sus frutos, “por lo qual las iglesias son defraudadas en su servicio”⁷¹. Una preocupación similar por el colectivo de los clérigos menores se observa también en Ávila, donde se les dedicaba, en 1481, una serie de constituciones sinodales destinadas a fijar las condiciones

⁶⁹Conviene advertir que en algunas diócesis, como la de Oviedo, según se observa en el Cuadro 2, el término capellán se empleaba, además, para designar al único beneficiado en muchas parroquias, lo que, seguramente, significa que era el cura.

⁷⁰FERNÁNDEZ CONDE, *La Iglesia de Asturias en la Baja Edad Media*, p. 39.

⁷¹SH, VII, Palencia, 7.8.3, de 1390-91.

de presencia, vestido o moralidad, como requisito para que pudieran disfrutar de fuero y de privilegios eclesiásticos⁷². La preocupación llegaba también a las autoridades civiles, que denunciaban a la justicia eclesiástica por protegerlos frente a los oficiales laicos, a pesar de que esos clérigos vivían “en tanta e mayor corrupción que antes”⁷³.

Aparte de esas categorías benéficas, cuyos titulares componían la nómina de prebendados de las parroquias de villas y aldeas medievales, quiero hacer una alusión a otros términos que se refieren a beneficios y que se multiplican en la documentación medieval: son los de *préstamos* o *prestameras*, expresiones que designan la parte del diezmo que correspondía administrar a los miembros de la jerarquía eclesiástica, por lo que aparecen habitualmente en la contabilidad de las catedrales, aunque se detectan también en iglesias de menor rango⁷⁴.

La característica más importante del beneficio de los préstamos era que se originaban y percibían, en buena medida, en el ámbito rural, a pesar de lo cual no solían beneficiar a los pueblos, pues sus titulares no tenían obligación de estar presentes o prestar servicio alguno en el lugar donde se generaban las rentas⁷⁵. No era raro que estas fueran asignadas a jóvenes para que realizaran estudios, pero luego, una vez concluida su formación, mantenían esos ingresos, unidos, con frecuencia, a otras rentas. Se trataba de unas prebendas que proporcionaban gran libertad a sus titulares, como lo prueba que prelados empeñados en exigir la residencia de los miembros del clero, bajo amenaza incluso de privación del beneficio, reconozcan esta excepción⁷⁶.

⁷²SH, VI, Ávila, 7.2.5.

⁷³José RODRÍGUEZ MOLINA (dir.), *Colección diplomática del archivo histórico municipal de Jaén. Siglos XIV y XV*, Jaén, 1985, doc. XCVII.

⁷⁴Miguel Ángel LADERO QUESADA, Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ, *Diezmo eclesiástico y producción de cereales en el reino de Sevilla (1408-1503)*, Sevilla, 1979, p. 25, advierten que “había prestamera en casi todas las parroquias”.

⁷⁵Miguel RODRÍGUEZ LLOPIS; Isabel GARCÍA DÍAZ, *Iglesia y sociedad feudal. El cabildo de la catedral de Murcia en la Baja Edad Media*, Murcia, 1994. Según el obispo Blas Fernández de Toledo, “Hanc constitutionem ad beneficia prestimonialia nolumus extendi cum de consuetudine residentiam non requirant”, en SÁNCHEZ HERRERO, *Concilios Provinciales y Sínodos Toledanos de los siglos XIV y XV*, p. 232.

⁷⁶“Statuimus ut dicta constitutio se ad prestimoniales portiones non extendat, cum de consuetudine in diocesi nostra diutius obseruata residentiam non requirant”, SH, Palencia, 5.2 y 4.

La organización de los beneficios eclesiásticos en curados, servidores o simples y prestameras se mantuvo durante toda la Edad Media y aún tuvo continuidad en la Moderna⁷⁷.

4. EL OFICIO ECLESIASTICO; TAREAS ADMINISTRATIVAS Y PROBLEMAS DE RESIDENCIA

Como, según la doctrina citada, el beneficio se obtiene para ejercer un oficio, debemos analizar ahora el desempeño de las funciones específicamente eclesiásticas. Esas funciones ya estaban centradas en la celebración de la misa y en la administración de los sacramentos, aunque también tenían mucho peso otras ceremonias litúrgicas, como las procesiones y el rezo de las horas canónicas.

Desde luego, todos los tratadistas subrayan la importancia de las dos tareas señaladas en primer lugar, y justifican la jerarquía de los clérigos por las funciones que podían desempeñar en ellas según el tipo de órdenes que hubieran recibido.

La mayor responsabilidad en la parroquia correspondía a los curas, quienes debería decir misa, administrar los sacramentos y enterrar a los muertos⁷⁸. Es por eso que los prelados insistían tanto en la existencia y prioridad de los beneficios curados. Además, sus titulares tenían el encargo de la predicación y de transmitir al resto del clero y a los fieles las disposiciones oficiales de la Iglesia. Por todo ello tenían autoridad sobre los restantes clérigos de la parroquia, e incluso podrían privar de la ración a los incumplidores, al menos en teoría.

La misa constituía la celebración central para todos los pueblos en domingos y festivos, como lo demuestra que durante su desarrollo, que venía a durar entre una hora y hora y media en algunos lugares, deberían suspender-

⁷⁷J. HIGUERAS MALDONADO, *Documentos latinos del siglo XIII al XVII en los archivos de Baeza (Jaén)*, Jaén, 1974, p. 49; el pontífice Paulo III aludía en 1538 a una serie de "prestimonia et prestimoniales portiones ac simplicia ceteraque beneficia".

⁷⁸"Sane curati missas celebrent, populis festa et dies colendos denuncient, proponant et predicent uerbum Dei, constitutiones domini Cardinalis legati et nostras publicent et denuncient, bautizent, confessiones audiant, Eucharistie et matrimonii sacramenta, et infirmis sacramentum extreme unctionis, conferant, corpora defunctorum tradant ecclesiastice sepulture", *SH*, VII, Palencia, 3.2, del año 1346.

se otras actividades y permanecerían cerradas las tabernas y las tiendas⁷⁹. Se procuraba que, hasta en las diócesis donde la población vivía dispersa, se celebrara misa los domingos y festivos en todas las aldeas, acercando la celebración a la mayor parte de los feligreses⁸⁰. Por lo que se refiere a los sacramentos, en este período estaban ya normalizados canónicamente de manera parecida a la actual, con cinco obligatorios para el cristiano, bautismo, confirmación, penitencia, comunión y extremaunción, y dos voluntarios, el de orden y el matrimonio⁸¹.

Como esas celebraciones tenían lugar en la iglesia, ésta ocupaba un lugar de referencia para la sociedad medieval pues en ella se reunía, con frecuencia semanal al menos, la inmensa mayoría de los miembros de la comunidad. Por eso la población tendía a marcar algún tipo de prioridades o de preferencias en ella, que reflejaran de algún modo la jerarquía social. Entre los laicos se detecta muy claramente el afán por ocupar asientos destacados o por anticiparse en el rito de la paz y transmitirlo a los amigos o a vecinos notables, problemas denunciados por la jerarquía en repetidas ocasiones⁸².

Desde el punto de vista eclesiástico se procuraba dar el máximo relieve a la celebración facilitando la intervención de varios ministros. Para mantener de algún modo la atención de los fieles y evitar la monotonía se introdujeron diálogos y se procuró la alternancia de lecturas y oraciones en voz alta con otras secuencias desarrolladas de manera más recogida; en todo caso, la participación del pueblo en esos diálogos era muy reducida, pues se limitaba a responder a los saludos y exhortaciones que realizaba el sacerdote⁸³.

⁷⁹Así al menos lo indica un sínodo gallego, *SH*, I, Mondoñedo, 22.2.

⁸⁰En las poblaciones más pequeñas el esfuerzo se repartía, de manera que una fiesta se debían acercar los fieles hasta la parroquia mientras que, a la siguiente, debería trasladarse el cura hasta la aldea, *SH*, I, Tuy, 6.3.16.34, de 1528.

⁸¹*SH*, VI, Segovia, 3.1.52.

⁸²Los miembros de familias acomodadas adquirían estrados y asientos especiales para colocarlos en los lugares más visibles de las iglesias. Algunos sínodos atribuyen esta debilidad a determinadas damas que, según dice el obispo, piensan que “en tener los dichos asentamientos e estrados e escannos...les va muy grande punto de honor”. Tanto se jugaban en esa prioridad que, sigue diciendo el prelado, “somos certificado que se han seguido grandes debates e rigores e escandalos entre las dichas duennas e entre los maridos dellas”, *SH*, VI, Segovia, 8.12; en términos similares Ávila, 7.3.1.7. En cuanto a los disturbios al dar la paz, “Se causa menosprecio, murmuracion, malicias e mala voluntad, quando alguno vee que otro su yqual, o de menor condicion, toma primero paz e no le combid a la tomar, de lo qual se han seguido muchas desordenes e algunas muertes”, *SH*, IV, Salamanca, 12.33, de 1497.

⁸³*SH*, IV, Salamanca, 8.60 y 61.

En esas celebraciones también se manifestaba la jerarquía eclesiástica, con la participación de clérigos que representaban a colectivos del Nuevo Testamento y de la tradición: el diácono a los apóstoles, el subdiácono a los setenta y dos discípulos, el acólito a los doctores. Desde el punto de vista de las funciones, se estableció una regulación bastante precisa, según la cual los diáconos, sucesores de los levitas de la vieja Ley, heredaron sus competencias de utilizar los vasos y objetos sagrados en el altar, proclamaban el Evangelio y predicaban; los subdiáconos se encargaban de la lectura de las epístolas, facilitaban los objetos litúrgicos a los diáconos, lavaban los corporales y otros paños del altar. Por su parte los graderos tenían distintos cometidos según el tipo de orden: los ostiarios abrían o cerraban las puertas del templo y controlaban el acceso, los lectores se dedicaban a recitar secuencias y lecciones, los exorcistas se encargaban de expulsar los espíritus malignos con sus conjuros y oraciones, mientras que los acólitos encendían lámparas y portaban los cirios y las candelas en las procesiones⁸⁴.

Precisamente, el clero medieval era muy aficionado a las procesiones, que constituían una parte importante de su actividad y adquirieron gran relieve como factor de cohesión de la comunidad y de proyección de la fe hacia el ámbito público. Por eso se multiplicaron las circunstancias en que se organizaban y hasta se podría establecer una tipología relativamente amplia de procesiones. Cada comunidad tenía la costumbre de celebrarlas en determinadas festividades locales, en cantidad excesiva, a veces⁸⁵; pero, al lado de ellas, destacaban por su solemnidad las del Jueves de Corpus, que se generalizaron a partir del siglo XIII y, sobre todo, después de su promoción por Clemente V en el concilio de Vienne (1311-1315)⁸⁶. Se detecta, asimismo, la existencia de procesiones frecuentes de carácter impetratorio, para solicitar la salud, la paz, por los frutos de la tierra, por los del mar, por los navegantes, etc.⁸⁷.

Los clérigos debían acudir a todas estas procesiones, e incluso se les pedía que se desplazaran hasta las que se organizaran en las poblaciones

⁸⁴Martín PÉREZ, *Libro de las confesiones*, pp. 648-653. *SH*, III, Oviedo, 6.12; IV, Salamanca, 8.63, 9.63; VI, Segovia, 3.1.36; VII, Palencia, 3.2; Burgos, 19.140.

⁸⁵Según denunciaba un prelado de Burgos en las últimas décadas del siglo XIV, *SH*, VII, Burgos, 19.42.

⁸⁶*SH*, III, León, 5.1; IV, Salamanca, 6.13; V, Plasencia, 1.2; VI, Ávila, 7.1.2.4 y 7.7.7; VII, Burgos, 19.335.

⁸⁷*SH*, I, Tuy, 1.55.

próximas, como hacían también los laicos. Allí, unos y otros se integraban en la gran manifestación, detrás de la cruz propia de cada parroquia⁸⁸.

Así mismo se movilizaba toda la clerecía y la población cuando se trataba de recibir a grandes personajes, particularmente al obispo o, si se diera el caso, al propio monarca. De nuevo se nos describe a los clérigos revestidos con las ropas litúrgicas, portando las cruces y reliquias de los santos, seguidos por los feligreses, al encuentro del visitante, por los caminos, lejos del núcleo urbano. En este caso, algunos obispos consideraron excesivos tales desplazamientos, siempre molestos y hasta un poco serviles⁸⁹.

Parece conveniente aludir, por fin, a las procesiones por los difuntos, con su doble vertiente: las que se realizaban desde la iglesia hasta la casa del finado, con el traslado posterior del cadáver hasta el templo, y las repetidas procesiones a la tumba en los días siguientes, que se dotaban en los testamentos o se realizaban por encargo de los familiares, en todo caso con los clérigos revestidos y rezando oraciones y responsos. Las primeras solían ser mucho más concurridas, pues participaba una gran parte de la población, y tenían carácter obligatorio, normalmente, para los compañeros de cofradía.

Entre las actividades eclesiásticas no debemos olvidar el rezo de las horas canónicas, que constituía uno de los aspectos más representativos de su quehacer diario, hasta el punto de que las designaban como *los oficios*, quizá por ser una de las ocupaciones más corrientes y de las más vinculadas con el tema del beneficio, pues la multiplicación de eclesiásticos en algunas iglesias estuvo directamente relacionada con el afán de resaltar esa liturgia.

En principio se trataba de ocho rezos diferentes: maitines, laudes, prima, tercia, sexta, nona, vísperas y completas, distribuidos a lo largo del día, en momentos que recibieron la denominación de la hora correspondiente. Estaban obligados a rezar las horas canónicas todos los clérigos ordenados *in sacris*, así como los beneficiados, y se regularían por la práctica existente en la propia iglesia catedral. Se elaboró en ese contexto una normativa muy compleja que contemplaba el toque de campanas para avisar el comienzo de

⁸⁸SH, VII, Palencia, 22.55. Burgos, 19.372.

⁸⁹Por eso ordenaron que la ceremonia de recepción debería celebrarse junto a la iglesia, y consistiría en un responso u oración adecuada a la personalidad que llegaba, SH, VII, Palencia, 2.13. Ver también III, Oviedo, 6.11.

«Anuario de Estudios Medievales», 35/2 (2005), pp. 693-735.- ISSN 0066-5061.

la celebración, el rezo en voz alta por parte de los clérigos⁹⁰, y el control de la asistencia. Los laicos, por su parte, podían asistir a los oficios, y rezar en voz baja sus oraciones, pero no debían cantar ni intervenir de manera activa en ellos⁹¹.

Ignoramos la frecuencia de la participación de los clérigos en esta modalidad del culto. No cabe duda de que en las catedrales y colegiatas se rezaban diariamente los oficios, salvo circunstancias excepcionales, constituyendo la ocupación principal de un amplio conjunto de personas.

Pero los calendarios de asistencia muestran que acudían pocos beneficiados, a pesar de que esos textos fueron elaborados precisamente para llevar la contabilidad de los presentes y remunerarlos de manera adecuada. Y es que el rezo de las horas tenía varias dificultades: para los clérigos suponía un esfuerzo desplazarse varias veces cada día hasta el templo, con la consiguiente interrupción de otras ocupaciones lejos de la parroquia. Por su parte a los laicos les resultaría poco compatible el desarrollo de una actividad laboral con el constante trasiego a la iglesia, además de la dificultad de identificarse con unos recitados en latín, cuyo sentido ignoraban y en los que no tenían participación.

En todo caso, parece que el mayor problema consistía en la dispersión horaria de los oficios por lo que se tendió a disminuir el número de horas, como se observa en la enumeración que hace Pedro de Cuéllar, donde ha suprimido los laudes, quizá por comodidad o por reducir su número a siete, una cifra a la que da fuerte carga simbólica⁹². Más tarde también se produjo la tendencia a concentrar su rezo en los momentos extremos de la jornada, cuando no interrumpieran otras obligaciones. En principio se autorizó la fusión de varias de las horas en una sola a los miembros de la jerarquía, con el pretexto de que debían atender asuntos muy relevantes, pero no cabe duda de que se produjo una tendencia constante a la concentración y de que, a consecuencia de las ocupaciones temporales, muchos clérigos tenían que rezar

⁹⁰ Aunque “non cumple dezir Oras muy bien cantando, dando muy grandes bozes, mas lo que dixerén, que lo digan muy devotamente”, *SH*, VI, Segovia, 3.1.71. Y es que algunos debían tomarse los oficios como un pretexto para hacer alarde de voz, si se tiene en cuenta la advertencia del obispo Pedro de Cuéllar de que todo aquel que interviene en ellos “por gloriarse e tomar loor del mundo peca muy gravemente”, *Ibid.*, 3.1.68. Por eso no falta en algunos sínodos la recomendación de que los beneficiados se cuidaran la garganta con letuarios y otras medicinas, para soportar los inviernos fríos y húmedos.

⁹¹ *SH*, III, Oviedo, 9.1.

⁹² *SH*, VI, Segovia, 3.1.73. En la relación de las Horas que señala el arzobispo compostelano Rodrigo González de León, faltan laudes y completas, *Ibid.*, I, Santiago, 3.13.

los oficios mientras cabalgaban o en las pausas que encontraban en sus tareas, lejos de la iglesia donde radicaba su beneficio⁹³.

Parece por eso que se trata de un tipo de celebración mantenida de una manera bastante artificial, gracias al estímulo de las indulgencias y al apoyo económico interno y externo, pues hubo varios obispos, canónigos y también laicos que establecieron gratificaciones para los asistentes a maitines⁹⁴.

Al lado de las tareas específicamente eclesiásticas, los clérigos solían desarrollar otras de tipo administrativo que, sobre todo en el caso de los curas, formaban parte de las obligaciones del cargo. Seguramente la que exigía mayor dedicación era la relacionada con el control del diezmo, pues el rector debía estar presente y tomar nota de los productos y animales que el tercero recibía en la cilla. A partir de ese momento tenía la responsabilidad de su administración, y debía conocer y autorizar las distintas salidas. Para evitar comportamientos fraudulentos en algunos lugares establecieron que la puerta de la cilla se abriera con dos llaves, una de las cuales la custodiaba el rector y la otra el tercero⁹⁵.

Aparte del control de los ingresos globales del diezmo hasta que se producía su distribución, el cura recaudaba y administraba las rentas correspondientes a la fábrica de la iglesia. Entonces compartía la responsabilidad con un laico, y debería rendir cuentas al visitador, que normalmente era el arcipreste, del importe de los gastos realizados en las obras, así como en la compra de objetos y productos necesarios para el culto⁹⁶.

Pero era la administración de los bienes y rentas anejos al cargo la que le exigiría una mayor dedicación, teniendo en cuenta los problemas que suponía su explotación, así como la recolección de los productos diezmos. Estos presentaban gran variedad y se percibían en diferentes épocas, por lo que los eclesiásticos debían disponer de tiempo, medios y prestar atención para acudir en el momento oportuno a recibirlos. Lo más común es que los

⁹³SH, VI, Segovia, 3.1.68-73. En Badajoz, en 1501, sólo se indica como obligatoria la asistencia a las horas canónicas de los domingos y fiestas principales, V, Badajoz, 6.12.4.

⁹⁴Concesión de indulgencias a los asistentes a los oficios con motivo de la celebración del Corpus Christi, SH, III, León, 1.5; IV, Salamanca, 6.13; VI Ávila, 7.1.2.4.

⁹⁵SH, VI, Segovia, 3.2.5.

⁹⁶“Otrosi, mandamos que los dezmos et las primencias et las otras cosas que son pora las fabricas o pora otra parte de las eglesias... se guarden bien por un clérigo et por un lego iuramentados, et se meta en prod de las eglesias, et dien ende cunta cada anno al arcediano”, SH, III, León, 1.14.

•Anuario de Estudios Medievales•, 35/2 (2005), pp. 693-735.- ISSN 0066-5061.

clérigos delegaran esta tarea en servidores y familiares, pues consideraban engorrosa tal dedicación. Otros optaban por arrendar la recaudación, aunque esa opción era mirada con reservas por las autoridades eclesiásticas, pues temían que sirviera de pretexto para que laicos poderosos acabaran controlando las rentas eclesiásticas⁹⁷.

Todas esas actividades justificaban el sistema benefical, al menos en teoría, y para su correcto desarrollo era importante el deber de residencia, que se documenta en numerosos textos normativos de muy diversa procedencia. Sin embargo, las disposiciones relativas a la residencia y a los permisos para ausentarse variaban mucho, según las circunstancias.

La residencia era especialmente exigida en el caso de los rectores, que tenían en este sentido una mayor responsabilidad⁹⁸, aunque algunos textos exigían un comportamiento similar a los titulares de beneficiados simples o servidores⁹⁹, lo que, según otras informaciones, era poco respetado. En todo caso, las ausencias eran admitidas si se daban ciertas condiciones: que no se produjeran por períodos excesivamente largos, circunstancia valorada de manera bastante imprecisa, pues para algunos obispos se concretaba en dos meses, pero para otros llegaba a cuatro, seis y hasta ocho meses; en todo caso, era común exigir también que se contara con permiso del prelado o del arcediano y dejar un sustituto adecuado¹⁰⁰. Una de las causas de ausencia mejor aceptada era la relacionada con el desarrollo de estudios en alguna escuela lejana, siempre que se no se abusara y se mostrara cierta aplicación.

A pesar de todas esas facilidades resulta evidente que se incumplía la normativa en numerosas ocasiones, incluso en el caso de los presbíteros que ejercían cura de almas. Se conservan quejas de diversos prelados, como el arzobispo compostelano o los obispos de Oviedo y Ávila, de que algunos curas y beneficiados servidores abandonaban sus iglesias y dejaban a los

⁹⁷SH, I, Mondoñedo, 9.2, Orense, 7, Santiago, 19.8; III, León, 1.30, Oviedo, 8.2.

⁹⁸SH, I, Santiago de Compostela, 3.13, de 1289.

⁹⁹J. SÁNCHEZ HERRERO, *Concilios Provinciales y Sínodos Toledanos de los siglos XIV y XV*, pp. 99 y ss.

¹⁰⁰Vid. nota anterior, y también SH, I, Orense, 18.66, Santiago de Compostela, 3.9 y 13, o en Ávila, VI, 3.20. Los sustitutos de los titulares del beneficio curado debían ser clérigos seculares y tendrían preferencia los naturales de la diócesis, según SH, IV, Salamanca, 12.12, de 1497.

«Anuario de Estudios Medievales», 35/2 (2005), pp. 693-735. - ISSN 0066-5061.

parroquianos sin administrarles los sacramentos¹⁰¹. Pero no se trataba sólo de ausencias, sino del escaso interés que mostraban algunos presbíteros por los actos de culto, según declaraba un obispo de Coria a mediados del siglo XV: “Por cuanto vino a nuestras orejas cosa fuerte de oír... que, asy en la nuestra yglesia catedral como en las yglesias de nuestro obispado, aya algunos clérigos de misa que nunca celebraron”¹⁰². En realidad la falta de entusiasmo por la misa entre los propios clérigos parece bastante extendida si se tienen en cuenta las disposiciones sinodales que exigían a los sacerdotes celebrar un número anual de misas normalmente muy bajo, pues podía oscilar entre cuatro y doce¹⁰³.

En relación con la residencia se llegó a ordenar la privación del beneficio en aquellas circunstancias en que el abuso resultara evidente. Parece que el límite de la paciencia de los prelados con los curas absentistas se situaba, normalmente, en los seis meses, aunque en Ávila, en 1384, se rebajó a cinco meses continuados, mientras que en Palencia, en 1349, parecía excesivo rigor privar de su beneficio a quienes se hubieran ausentado durante ocho¹⁰⁴. Pero es poco probable que se pusieran en práctica medidas sancionadoras eficaces, pues lo cierto es que las ausencias eran muy frecuentes y su duración escandalosa. Incluso a finales de la Edad Media el problema del absentismo no se había resuelto y se daban casos realmente sorprendentes, como el que se encontró el obispo de Jaén cuando se desplazó para realizar la preceptiva visita, en 1501, hasta Santisteban del Puerto, donde advirtió que de los 13 clérigos titulares no había ni uno sólo en la localidad, todos estaban ausentes. De un beneficio de esta población se afirma: “Poseelo Medina, que no se sabe quién es ni dónde está”; otros estaban en Roma, otro era secretario del obispo de Salamanca, etc¹⁰⁵.

¹⁰¹“Contra los estatutos de los santos canones, se ausentan ... por lo qual las iglesias non son servidas nin los parrochianos dellas de los sacramentos administrados”, *SH*, I, Santiago de Compostela, 18; III, Oviedo, 7.1; VI, Ávila, 3.21.

¹⁰²*SH*, V, Coria, 4.6.

¹⁰³Por ejemplo, en Orense se establecían sanciones canónicas para aquellos presbíteros que celebraran menos de cuatro misas al año, *SH*, I, 28-29.5.3, mientras en Salamanca, el año 1497, se les obligaba a celebrar doce, *IV*, 12.11.

¹⁰⁴*SH*, VI, Ávila, 3.20; VII, Burgos, 19.95; Palencia, 5.2 y 4.

¹⁰⁵José RODRÍGUEZ MOLINA, *El obispado de Baeza-Jaén. Organización y economía diocesana (siglos XIII-XVI)*, Jaén, 1986, pp. 100-101.

5. REMUNERACIÓN DE LOS BENEFICIOS.

Los beneficios tenían su base económica en los ingresos procedentes del diezmo, así como en la renta de los bienes administrados por las iglesias locales. Esos dos elementos se fueron desarrollando y concretando a largo de todo el período, de manera que presentan rasgos particulares según el momento o la zona que se analice. Incluso el concepto de diezmo es poco preciso pues en la práctica, y también en la teoría, se permitió que en algunos lugares o por algunos grupos sociales no se pagara exactamente la décima parte, sino un porcentaje menor, o que se dedujera la parte correspondiente a gastos de producción, —como la destinada a yugueros, a quinteros o a simiente—, e incluso que determinados productos tuvieran un tratamiento fiscal peculiar¹⁰⁶. También se detectan distintos sistemas de recaudación, e incluso hubo que elaborar normas muy concretas sobre el proceso que se debería seguir a la hora de exigir las rentas según se pagaran en dinero, en animales, cereales, frutas, etc., así como las obligaciones y los derechos de las personas que intervenían en el procedimiento¹⁰⁷.

Al mismo tiempo, se iba produciendo un proceso de distribución de ese caudal de ingresos. Como eran numerosos los que presionaban para participar de la renta su administración se complicó muchísimo: se ha advertido, por ejemplo, que en una sola ciudad, en Toledo, había 18 formas distintas de distribuir los diezmos¹⁰⁸.

Pero suele quedar la referencia, más o menos evolucionada, de la división inicial, que era más sencilla y consistía en dedicarlo a tres funciones diferentes: a financiar la construcción y reparación de las iglesias, a la adquisición de vasos y vestimentas litúrgicas, y a sufragar los gastos del culto

¹⁰⁶Problemas sobre la deducción del producto destinado a simiente o soldadas en *SH*, VI, Ávila, 3.2.7, o 7.4.2.21; VII, Burgos, 19.117. Quejas porque no se pagaba el diezmo de ciertos productos, Segovia, 7.29. A veces la causa de esas excepciones era la dificultad de establecer el diezmo, como sucedía con la producción ganadera que, con frecuencia, no era divisible por diez, por lo que hubo que establecer una cantidad fija por unidad de especie animal; con el paso del tiempo ese dinero representaba mucho menos que el diezmo, por la devaluación de la moneda.

¹⁰⁷El cardenal Cisneros se ocupó muy pronto de este tema y elaboró unas constituciones que manifiestan la complejidad de la actividad recaudadora, José GARCÍA ORO y María José PORTELA SILVA, *Constituciones sinodales de rentas de la iglesia de Toledo (1497). Un singular documento normativo del Cardenal Cisneros*, "Initium Revista Catalana d'Història del Dret", 4 (1999), pp. 611-661.

¹⁰⁸José-Luis MARTÍN, en María Luisa GUADALUPE BERAZA, *Diezmos de la sede toledana y rentas de la mesa arzobispal (siglo XV)*, Salamanca, 1972, p. 11.

(todo ello se incluye en el llamado tercio de la obra o fábrica); otro tercio se destinó a remunerar a la jerarquía eclesiástica, principalmente al obispo, que luego cedió una parte a los prebendados de la catedral, y se llama tercio pontifical, y el otro tercio se destinó a los clérigos que servían en la iglesia del lugar donde se producía¹⁰⁹.

Esta última parte es la que más nos interesa ahora pues con ella se dotaron la mayoría de los beneficios. El caudal de renta diezmal era permanente y tendía a crecer, porque se fijó sobre la actividad económica que, en general, conoció un notable desarrollo; pero es evidente que ese 33,33 % casi nunca llegaba íntegro pues se iba diluyendo entre muchos aspirantes a participar de esos ingresos, incluso laicos.

Como consecuencia, los ingresos que correspondían a cada beneficiado eran muy desiguales pues dependían del número de feligreses, del nivel de renta que tenían, lo que estaba en relación con la extensión y fertilidad de sus propiedades, del número de personas entre las que se dividía, de la parte asignada al beneficio concreto, y de las posesiones que tuvieran las iglesias en casas, tierras o ganados.

Además de esa desigualdad de raíz, existían grandes dificultades para regular la remuneración en función del servicio prestado, aunque esta medida parezca de sentido común. La falta de criterio al respecto era tan frecuente que uno de los mensajes más habituales de los prelados a sus clérigos consistía en recalcarles que el beneficio debía ser proporcional al oficio o, como decía un arzobispo de Santiago, que “las rentas eclesiásticas sirvan de recompensa a los servidores y no para ocio de los vagos, que sirvan para alimento de los pastores y no sean presa de los lobos”¹¹⁰; o para evitar la situación que lamentaba un obispo de Palencia, según el cual “muchos con codicia estienden las manos a las rentas de los beneficios e cierran las bocas para fazer el offiçio”¹¹¹.

Para evitar esas injusticias en la dotación de beneficios y el descontento causado por las desigualdades se establecieron distintas medidas según

¹⁰⁹José BENAVIDES CHECA, *Prelados placentinos*, Plasencia, 1907, ap. LXXIII-LXXXIV; SH, VI, Ávila, 7.2.1.2; LADERO QUESADA, GONZÁLEZ JIMÉNEZ, *Diezmo eclesiástico y producción de cereales en el reino de Sevilla*, pp. 22 y ss.; José RODRÍGUEZ MOLINA, *Patrimonio y rentas de la iglesia en Andalucía*, en María Desamparados MARTÍNEZ SAN PEDRO, Dolores SEGURA DEL PINO, *La Iglesia en el mundo medieval y moderno*, p. 121, entre otros.

¹¹⁰SH, I, Santiago de Compostela, 9.11, de 1322.

¹¹¹Según Blas Fernández de Toledo, sínodo de 1345, SH, VII, Palencia, 2.31, citado por SÁNCHEZ HERRERO, *Las diócesis del Reino de León*, p. 174.

diócesis, que pretendieron, en algunos casos, relacionar la remuneración con el tipo de órdenes recibidas, así como asegurarse de que todos los que se encontraran en idéntica situación en una misma iglesia percibieran una recompensa similar. Parece evidente que no se pretendía una homogeneidad en la remuneración de carácter general, ni siquiera a nivel de diócesis, pues el sistema estaba muy descentralizado y cada parroquia contaba con unos ingresos específicos que se distribuían de manera autónoma.

Por tanto, se pretendía introducir algo de racionalidad, más que conseguir un sistema homogéneo e igualitario. Y el criterio fundamental, documentado en varias diócesis durante los siglos XIV y XV, consistió en tomar como referencia las órdenes sagradas de los beneficiados con lo que, seguramente, se procuraba incitar a que desarrollaran su carrera eclesiástica completa quienes reunieran condiciones adecuadas.

Para lograrlo se estableció que se incrementaran considerablemente las rentas del beneficio a cada ascenso en el escalafón, de modo que, mientras el gradero no percibía más que una sexta parte de ración, el subdiácono cobraba ya un cuarto y, a partir de aquí, los pasos siguientes suponían duplicar los ingresos, pues el diácono recibía media ración, el preste una y el cura una y media¹¹².

Este sistema se documenta en Palencia en 1345 y en Burgos desde comienzos del siglo XV por lo menos durante un siglo. En esta última diócesis aparece con muy ligeras modificaciones, pues aquí el cura recibía, además de su ración, la “tercia de todas las cosas que los otros clérigos llevarán”¹¹³. Por su parte, en Jaén, las disposiciones del obispo Alonso de la Fuente el Sauce, a finales del siglo XV, señalaban una distribución bastante sencilla y homogénea, pues sólo establecía distinción entre el cura y los restantes servidores, atribuyendo una gratificación a los priores que consistía en la cuarta parte más que las restantes prebendas¹¹⁴.

Conviene destacar que el sistema de Palencia fue realmente aplicado, y no se trata sólo de una disposición que, como tantas otras, se quedara en el

¹¹²SH, VII, Palencia, 2. 6; 3.5.

¹¹³SH, VII, Burgos, 19.96.

¹¹⁴“Otrosí es a saber que todos los Priorazgos de todas las Iglesias Paroquiales deste Obispado lievan la quarta parte mas que ninguno de los Beneficio, o Beneficios, o Prestameras de aquella Iglesia. De manera, que si el Prioradgo lieva cinco maravedis, o cinco fanegas de pan, el Beneficio Servidero, o la Prestamera lieva quatro”, M. de XIMENA JURADO, *Catálogo de los obispos de las iglesias catedrales de Jaén*, p. 159.

ámbito de las buenas intenciones. La prueba más clara es la Estadística de Palencia, en que la distribución de los beneficios se hace de acuerdo con este criterio en la mayoría de las iglesias¹¹⁵.

Sin embargo, y aunque todavía no se han realizado investigaciones suficientes para averiguar la extensión de ese tipo de disposiciones, tenemos indicios de que no superaron el ámbito de unas pocas diócesis. Por ejemplo, la racionalización no había llegado a diócesis como la de Oviedo, pues aquí el obispo reformador Gutierre de Toledo permitía que continuara una situación muy compleja, y también irregular desde algún punto de vista: los patronos percibían en muchas parroquias una parte igual e incluso mayor que la de los clérigos. Por lo demás, era frecuente que el resto se lo repartieran los eclesiásticos de un manera igualitaria, sin distinción por el tipo de órdenes recibidas o por el ejercicio de las funciones de cura, que sólo era tenido en cuenta, a estos efectos, en algunos arcedianatos. Pero acaso el rasgo más peculiar de las parroquias asturianas es que muchas de ellas poseían bienes raíces, denominados, *mansos*, tierras destinadas a la producción agrícola o ganadera, cuyo rendimiento correspondía a los eclesiásticos¹¹⁶. Claro que algunas parroquias y asociaciones de clérigos de la Meseta, de la actual Extremadura o de Andalucía poseían propiedades rurales, pero no de manera tan regular como sucedía en Asturias.

También era peculiar el sistema de retribución de los beneficios en algunas parroquias de Zamora¹¹⁷, o en la diócesis de Ávila, donde los servidores disfrutaban, con frecuencia, de una participación similar a la que recibían los beneficios curados y, en ocasiones, algunos beneficiados servidores superaban los ingresos del párroco¹¹⁸. En realidad, cada prebenda tenía su propia dotación, y es muy difícil valorarla con precisión por la diversidad de bienes o de productos que la integraban, como se observa ya en las rentas de los arciprestazgos de Talamanca y Buitrago de 1274/75¹¹⁹.

¹¹⁵Es verdad que en otros lugares no coincide exactamente, quizá por la dificultad de sumar fracciones, o porque al gradero se le subía hasta una cuarta parte de la ración, p. e., SAN MARTÍN PAYO, *La más antigua Estadística de la Diócesis Palentina*, p. 41, donde al preste, diácono y gradero se les asignan dos raciones y cuarta.

¹¹⁶FERNÁNDEZ CONDE, *La Iglesia de Asturias en la Baja Edad Media*, pp. 61-68 y 79-81.

¹¹⁷Las rentas se dividían allí a partes iguales entre el cura y el beneficiado simple, según SÁNCHEZ HERRERO, *Las diócesis del Reino de León*, p. 185

¹¹⁸BARRIOS GARCÍA, *Libro de los veros valores del Obispado de Ávila*, por ejemplo, pp. 67, 68 y 69.

¹¹⁹HERNÁNDEZ, *Las rentas del rey*, pp. 437 y ss.

Resulta claro que, con frecuencia, no se respetaba ninguna proporción, según lo demuestran los casos en que medio beneficio era más elevado que otros muchos beneficios curados o servideros completos¹²⁰.

Como ya señalamos al referirnos al arciprestazgo de Madrid en la época de Cisneros, también en el obispado de Ávila era frecuente que muchos de los titulares se hicieran sustituir por un capellán, al que remuneraban con parte de sus ingresos, quedándose ellos el resto¹²¹. El sistema de sustituciones aparece relacionado con la costumbre de que un mismo clérigo disfrutara de varias prebendas al mismo tiempo, según se detecta en numerosos casos¹²².

Quizá para limitar el acaparamiento, para favorecer la residencia y, en último término, para establecer una mayor adecuación entre el oficio y el beneficio, algunos prelados decidieron primar a los asistentes a determinados oficios. Así se documenta en Toledo o en Jaén en el siglo XIV; en el primer caso el arzobispo ordenó que se repartieran diariamente tres dineros, uno por asistencia a maitines, otro a la misa y el tercero a vísperas, mientras que en la diócesis andaluza el prelado asignó unas rentas para los clérigos que madrugaran a maitines¹²³. Pero esto no parece que redujera de manera significativa las desigualdades y el carácter caótico del sistema.

De manera que, a la hora de hacer un balance de la situación económica de los clérigos rurales, se puede afirmar que algunos disfrutaban de una condición acomodada por los ingresos de origen diezmal, por los de las propiedades de la parroquia y por las ofrendas que entregaban los fieles con motivo de la celebración de funerales, misas de velaciones y otros servicios eclesiásticos; Sánchez Herrero ha subrayado que muchos beneficiados sevillanos, sin ser curas, se encontraban entre los más ricos de Casti-

¹²⁰A. BARRIOS GARCÍA, *Libro de los veros valores del Obispado de Ávila*, p. 105, nos referimos al medio beneficio de la iglesia de San Nicolás de Madrigal, valorado en 4.650 mrs.

¹²¹Se puede observar en el caso de las iglesias de Arévalo, BARRIOS GARCÍA, *Libro de los veros valores del Obispado de Ávila*, p. 67 y ss.

¹²²Por ej., Toribio Sánchez era cura de Ataques y tenía un beneficio servidero en Moriel y otro en Villatoro, mientras que su hermano Lope Rodríguez tenía beneficios servideros en Rágama y en Moraleja de Matcabras, así como una capellanía perpetua en Santa María de Madrigal, *Ibidem*, p. 105

¹²³SÁNCHEZ HERRERO, *Concilios Provinciales y Sínodos Toledanos de los siglos XIV y XV*, pp. 232-233; RODRÍGUEZ MOLINA (ed.), *Colección documental del archivo municipal de Úbeda. II*, docs. 11, 21 y 23.

lla¹²⁴. Y en esta misma situación se encontraban muchos de los que acaparaban beneficios.

Sin embargo, se detectan, con frecuencia, situaciones mucho menos favorables, e incluso de auténtica penuria. En la curia pontificia disponían de datos sobre las enormes desigualdades existentes entre diócesis pues, en la misma época, había racioneros en Carmona (Sevilla) con ingresos diez veces mayores que los que correspondían al de Fuentes de Oñoro (Ciudad Rodrigo), diferencia parecida a la que se daba entre un beneficio de Valdefuentes (León) y otro de Carbonero (Segovia). Pero es que se producían también desigualdades enormes entre los beneficios de una misma diócesis y aún en la misma población: en Sepúlveda había racioneros cuyos ingresos doblaban a los de otros compañeros¹²⁵.

Situaciones de pobreza se daban también entre muchos curas que, en algunos casos, labraban ellos mismos las tierras del beneficio y, en otros, manifestaban rechazo ante la institución responsable de su estado: bastantes presbíteros de aldeas de la orden militar de Santiago en Extremadura se negaban a recibir el hábito santiaguista por la escasa renta del beneficio¹²⁶. En situación parecida se encontraban muchos capellanes, que han sido calificados por Rodríguez Molina como “jornaleros eclesiásticos”, con un salario de simple subsistencia¹²⁷.

6. CONCLUSIONES

El clero rural castellano se nos presenta en la Edad Media debatiéndose entre las exigencias de la jerarquía y de numerosos tratadistas por conseguir que presentaran una imagen acorde con la función que les correspondía desempeñar, y los propios condicionantes de origen, formación, dotación de su prebenda y circunstancias vitales particulares. Temas tan

¹²⁴SÁNCHEZ HERRERO, *El clero en tiempos de Isabel de Castilla*, pp. 174-75. En relación con la remuneración por servicios eclesiásticos, los prelados insistían en la prohibición de exigir pago alguno por la administración de los sacramentos, pues hacerlo significa simonía, pero se podían aceptar las ofrendas voluntarias, y se pagaban también numerosas ceremonias en memoria de los difuntos.

¹²⁵Archivo Vaticano, *Collectoriae* 111.

¹²⁶Archivo Histórico Nacional, Órdenes Militares, 1101C, fols. XXXIII, XXXV, XLV v. etc.

¹²⁷J. RODRÍGUEZ MOLINA, *El obispado de Baeza-Jaén*, pp. 111-113.

diferentes, y al mismo tiempo complementarios, como los del vestido, higiene, preparación intelectual, moralidad, dedicación a las tareas litúrgicas y de cura de almas, preocuparon a numerosos prelados, cuyos desvelos, sin embargo, parecen haber logrado unos resultados sólo discretos.

Sin embargo, es verdad que, a lo largo del período que estudiamos, se consolidaron algunos mecanismos de control de la clerecía que resultaron eficaces, en particular las reuniones sinodales, así como las visitas que realizaban a los pueblos los mismos prelados, sus vicarios, o los arcedianos y arciprestes. A través de estos sistemas se fueron logrando unos comportamientos relativamente homogéneos pues, aunque con numerosísimas excepciones, sí que se pueden detectar elementos comunes significativos.

Entre las características más destacadas se encuentran su doble dedicación a tareas administrativas y eclesiásticas, que se complementan y se condicionan. Ambos aspectos eran fundamentales para consolidar y dar continuidad a las unidades de poblamiento, convertidas, al mismo tiempo, en unidades fiscales y de culto. Los clérigos rurales resultaban imprescindibles en los mecanismos de apropiación de renta, a través de sus funciones recaudatorias, pero estas últimas tampoco se pueden desligar de los servicios litúrgicos que dirigían. No había aldea sin iglesia, ni iglesia sin diezmos, y estos ingresos se repartían entre distintos clérigos y laicos, tanto en el medio rural como en el urbano; incluso una parte de ellos, la *tercia real*, llegaba hasta la Corte. De esta manera, el clero rural resultaba imprescindible tanto para las poblaciones donde ejercían como para las autoridades civiles y eclesiásticas de las ciudades episcopales y aún de los centros políticos y religiosos de más alto nivel.

Los miembros del colectivo eclesiástico presentaban también características comunes desde el punto de vista de su condición social y jurídica. Desde los siglos XII y XIII quedaron regulados su estado y sus privilegios, entre los que destacaron las exenciones de los tributos que gravaban a sus convecinos, y un trato judicial especial pues no podían ser perseguidos ni detenidos por la justicia civil, aunque cometieran delitos.

Las aspiraciones por incorporarse a este colectivo, la elevada demanda de beneficios, tienen que ver con el afán por participar en las rentas que se generaban en la localidad de origen o en la de destino. Aunque la remuneración era, con frecuencia, reducida, se compensaba con los privilegios fiscales y jurisdiccionales, así como con el prestigio y la influencia social que daba la condición eclesiástica. Por lo demás, una vez logrado un beneficio se disfrutaba con carácter vitalicio, por lo común, a pesar de las amenazas

contenidas en diversas normas. Además, se abría un abanico amplio de posibilidades de traslado a prebendas más sustanciosas, de promoción a través de las órdenes, o de acumulación de varias rentas.

Por otro lado, los beneficiados se encontraban entre las pocas personas que, en época medieval, disfrutaban de largos períodos para atender sus asuntos personales, durante los cuales seguían percibiendo su remuneración de manera total o parcial. Este privilegio, que apenas se ha valorado, permitía que los clérigos hicieran compatibles sus tareas eclesiásticas con otros intereses privados. La flexibilidad de la residencia era especialmente importante para que los propietarios rurales gestionaran al mismo tiempo sus explotaciones agropecuarias y su prebenda.

Desde un punto de vista más amplio, creo que el éxito del sistema se debe a su capacidad de hacer compatibles las normas generales con su aplicación a las circunstancias concretas. Eso significa que las disposiciones básicas, emanadas de la Curia pontificia o de los concilios, llegaban al conjunto de clérigos a través de personas o instituciones intermedias como legados o sínodos. Pero que, al mismo tiempo, fueron capaces de adaptar la legislación a las circunstancias y posibilidades de cada región y de cada momento.

En este aspecto es claro que el sistema benefical se acomodó perfectamente a las peculiaridades y recursos de cada población, como se advierte en los distintos criterios que se han detallado de designación de beneficiados, de tipología de los cargos, de dotación de prebendas o de sistemas de reparto. En todos ellos existen bases comunes, pero luego se plasman en una casuística fruto de su ajuste a tradiciones locales o a necesidades coyunturales.

En todo caso, no se debe olvidar tampoco que el sistema tuvo también importantes debilidades: la demanda de beneficios acabó, en ocasiones, en una ocupación irregular de rentas, el alto número de servidores en un empobrecimiento de muchos de ellos, la flexibilidad de la residencia en un abandono de las obligaciones y tantos otros abusos denunciados en obras de moralistas, en catecismos y constatados documentalmente.